

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

LA AVENTURA DE LA VIDA

DISCURSO DE RECEPCION DEL ACADEMICO DE NUMERO
EXCMO. SR. D. ANTONIO GARRIGUES DIAZ-CAÑABATE

Y

CONTESTACION DEL EXCMO. SR. D. JOSE M^a DE AREILZA

Sesión del 28 de octubre de 1986



MADRID

1 9 8 6

CONTENIDO

<i>Palabras de salutación.</i>	7
CAPITULO I: PLANTEAMIENTO	9
a) La vida como drama.	9
b) La vida como quehacer.	11
c) La libertad del hombre	11
d) El origen, no el “principio”, de la vida	12
CAPITULO II: CREACIONISMO Y EVOLUCIONISMO - CREACIONISMO	14
a) Sobre el origen se dan dos formas de pensamiento o creencia . . .	14
b) Creacionismo. (El Génesis)	14
c) El “Principio”.	14
d) Dos relatos en el Génesis. 1 ^{er} relato	15
e) Segundo relato	16
f) Soplo - Espíritu - La soledad del “varón”.	16
g) La Zoología “específica” - los nombres	16
h) Creer en el Génesis. (Textos inspirados)	17
i) Cómo creer	18
j) “Entender” la creación genética	19
k) Los cánones del Vaticano II.	19
l) Primera nota sobre la nada	19
m) Naturaleza y sobrenaturaleza	20
CAPITULO III: EL EVOLUCIONISMO.	20
1) El gran tema: materia o espíritu	21
2) Teilhard de Chardin	21
3) El evolucionismo como “devenir”.	22

4)	El evolucionismo como “ciencia”	22
5)	“Ex nihilo, nihil fit”	23
6)	Segunda nota sobre la nada	23
7)	El “ser” de la materia	23
8)	Premonición de Séneca: “cosas más grandes hareis vosotros” . . .	24
9)	Ambivalencia físico-metafísica de la materia	24
10)	Los dos problemas del materialismo: 1º Origen de la materia . . .	25
11)	Segundo problema: teledirección, perfeccionista	25
12)	El pensamiento jónico como origen del materialismo genérico . .	25
13)	Tales de Mileto	26
14)	La filosofía y las almazaras	26
15)	Anaximandro y S. Agustín	27
16)	Demócrito	27
17)	El “divino” Pitágoras	27
18)	Entendimiento filosófico de la materia - de nuevo los jónicos . .	28
19)	Platón y Aristóteles	29
20)	San Agustín	29
21)	Sto. Tomás.	30
22)	Nota brevísima sobre la filosofía postescolástica y moderna. . .	30
23)	De la exposición precedente sobrenada el término “devenir” . . .	30
24)	Teoría general del evolucionismo	30
25)	Primera cita de Darwin	31
26)	El big-bang.	31
27)	El antiteísmo evolucionista	32
28)	El problema de fondo: ¿un devenir finalista, cualitativo naturalmente?	33
29)	El origen “accidental” de la vida.	33
30)	La “selección natural” y la supervivencia de los más fuertes. . .	34
CAPITULO IV: DARWIN.		35
a)	El agnosticismo de Darwin	35
b)	Sus descubrimientos en las islas de los Galápagos	35
c)	El origen de las especies	36
d)	“La selección natural” — “Darwin-Newton.	36
e)	Un germen, núcleo o tronco común	37
f)	La relación natural, clave de la evolución perfectiva	37
g)	La lucha por la vida	37
h)	La selección natural y la selección hecha por el hombre	38
i)	El registro fósil	39
j)	El eslabón perdido	40
k)	Los pseudo-evolucionismos	40
l)	El tiempo como “Deus ex machina” de la evolución.	41

CAPITULO V: OTROS ARGUMENTOS ANTIEVOLUCIONISTAS	42
a) La autogénesis	42
b) El “fixismo” del Génesis.	43
c) La “magnitud estática”.	43
 CAPITULO VI: “EL AMBIENTE” DEL EXITO DE DARWIN.	 44
a) El mundo ptolomeico y sus primeros detractores.	44
b) La Astrología y Newton	45
c) Galileo y la Iglesia católica	46
 CAPITULO VII: “EL AMBIENTE” DEL MATERIALISMO	 46
a) El materialismo “materialista”.	46
b) La expansión del cosmos y el achicamiento de Dios	47
c) “Toda ciencia trascendiendo”	48
 CAPITULO VIII: NOTAS FINALES SOBRE EL CREACIONISMO	 48
a) Los límites infranqueables del creacionismo	48
b) Un gran misterio	49
c) Dos planos: 1º el avance arrollador de la secularización	49
d) Pero el segundo...	50
e) Einstein.	50
f) Heisenberg.	51
g) El hombre como libertad: crecimiento, desarrollo, despliegue . .	51
h) Palabras teológicas.	51
i) Palabras poéticas	52
 DISCURSO DE RESPUESTA EN LA RECEPCION DEL NUEVO ACADEMICO, por D. José M^a. de Areilza, Conde de Motrico	 53

Señores Académicos:

El problema al pronunciar mi discurso de entrada en esta Academia, no es el de expresar un agradecimiento tan obligado, sobre todo cuando la generosidad —como en este caso— prima sobre la justicia, sino el de descargar, si posible, de todo convencionalismo a estas mis breves palabras de gratitud, que os ofrezco en la desnudez de su sinceridad y de su verdad. Os ruego las acepteis así.

Vengo a suceder en la Medalla de la Academia a un destacado sociólogo, lo que me honra, y a quien muy poco, si algo, voy a honrar yo al ocupar el vacío de su sillón. Porque él fue un gran maestro de la sociología española, una ciencia tan interesante y tan actual, en la cual, para desventura de mi predecesor y mía, yo carezco de la necesaria preparación para hacer aquí, no su panegírico, es decir su mera alabanza, sino su justificada exaltación. Porque no creo que en el mundo cultural español se haya hecho la debida justicia a la importante, profunda, intensa y extensa obra de D. ANTONIO PERPIÑA.

En mi penuria de recursos, en mi indigencia intelectual sociológica, yo me veo obligado a limitarme a dar las brevísimas notas que considero que son las más esenciales de su ser y de su pensar sociológico.

Mi predecesor en la Medalla fué un distinguido sociólogo que desarrolló su carrera en las Universidades de Madrid y Pontificia de Salamanca, llegando a ser Catedrático de Sociología de esta última. Inserto en la tradición del catolicismo social, trabajó en estrecha colaboración con maestros de esa corriente intelectual, como Severino Aznar, Carlos Ruiz del Castillo y Carmelo Viñas, todos ellos miembros de esta Real

Academia de Ciencias Morales y Políticas. Su actividad práctica se desarrolló en el Instituto Nacional de Previsión, a cuyo nacimiento tanto contribuyeron personalidades muy significativas de la mencionada tendencia, y publicó una importante obra sobre la filosofía de la Seguridad Social, renovando las perspectivas vigentes entonces sobre la materia.

Pero su principal misión fue la de investigar en el Instituto Balmes de Sociología, donde entró como becario en 1943 y se jubiló como Director. D. Carmelo Viñas, su antecesor en este cargo, fijó al contestar a su discurso de ingreso en esta Corporación, algunas características de su obra, tales como su oposición al excesivo empirismo de la sociología norteamericana, su preocupación por los grandes problemas sociales, su amplia visión macrosociológica y su sesgo humanista. Todas ellas formaron parte de su personalidad intelectual pero, además, fueron vividas por él con verdadero apasionamiento. Los que le conocieron y trataron recuerdan vivamente el calor con que defendía sus convicciones, su intensa curiosidad intelectual y la agudeza de su mente.

LA AVENTURA DE LA VIDA

He dudado sobre cuál debiera ser la materia de este discurso de ingreso en la Academia, y dentro de esa materia, lo que habría que decir y lo que no habría que decir, porque hay un sí y un no en todas las cosas.

He creído que estaba obligado a hablarles con sencillez, teniendo presentes las palabras de Aristóteles, el hombre más complejo del mundo, cuando dice: “Los hombres son ante las ideas simples como los murciélagos ante la luz: se ciegan”. Pero ¡qué difícil alcanzar esa sencillez, es decir, la luz!, la luz verdadera que ilumina y no deslumbra. A lo que aspiro es a que mi sencillez no caiga en simplicidad.

CAPITULO I PLANTEAMIENTO

a) *La vida como drama.*

Yo voy a decirles mi verdad, sabiendo que el hombre cuando piensa no está solo, ni es bueno que esté solo. La verdad que puede habitar en el hombre tiene sus raíces no solamente en sí mismo sino en otros muchos seres vivos o muertos, más los segundos que los primeros. Nada

tenemos que no hayamos recibido vertical y horizontalmente. Cada hombre que nace no sólo recibe la vida sino que es la encrucijada de los incontables cruzamientos biológicos y humanos que le han precedido. Es un heredero, pero que no puede serlo a beneficio de inventario, tiene que aceptar la herencia recibida —con su activo y su pasivo— y hacerla suya, nada más y nada menos. Hacer honor a esa herencia, si posible, es el mayor logro humano.

Y en esta herencia, recibida involuntariamente, lo primero con que nos encontramos es con que el hombre no es solamente un ser llamado simplemente a la vida, sino a una vida que, a diferencia de las otras vidas zoológicas y vegetales, no es ya que no está hecha, que está por hacer, sino que es en sí misma, tanto perfectible como degradable. Ese es el drama de la vida, de la vida humana en general y de cada vida personal, de la vida de cada ser humano.

El hombre ha recibido el ser que tiene, es decir que ese ser no es su propia autoría, una autogeneración o creación. El es autónomo, pero no autor de sí mismo. El se encuentra con que la vida le tiene pero que él no tiene ni retiene a la vida, que se le escapa cada día un poco de entre las manos. Es ésta, la vida, la que le retiene a él y la que le mantiene; y ante ese encuentro del hombre con su vida, todo ser humano más consciente o menos conscientemente, se pregunta por el sentido de la vida o, en otras palabras, por la razón, el “argumento” de ella; porque ese argumento no solamente no está dado sino que es enigmático, y ante el mismo el hombre no sabe lo que puede y, sobre todo, lo que “debe” hacer. Es el del hombre y su destino un misterioso encuentro, al que se pueden aplicar las palabras también misteriosas de: “No me buscarías si no me hubieses encontrado”. Se busca algo de lo que no se tiene, conocimiento pero algo de lo que sí se tiene, al menos, la sombra de una noticia, algo como un atisbo; lo que no se puede encontrar es aquello que se ignora totalmente. Cuando se produce un encuentro con lo enteramente desconocido, no se le puede dar verdaderamente ese nombre sino el de un hallazgo; lo que se encuentra sin ser buscado es aquello con lo que se topa, como Don Quijote y Sancho toparon con la Iglesia, o Colón con el continente americano.

El hombre, sobre todo desde el tránsito de la adolescencia a la juventud, cuando empieza a tener que hacer frente por cuenta propia a la vida, comienza a preguntarse de alguna manera por el sentido, o más profundamente el “enigma” de ésta. Aparece ya ante él la vida en su ambivalencia del mal y del bien, es decir en su dramatismo; porque esa lucha agónica en la que la vida consiste, es el drama que se representa en el gran teatro del mundo, y es agónica porque el bien es la vida pero el

mal es la muerte. Así de profundo, así de sencillo. Esto que es una creencia también es, realmente, una experiencia.

b) *La vida como quehacer.*

Si la vida del hombre fuese solamente un quehacer pero éste no tuviera lugar dentro de esa bipolaridad del bien y del mal, tal quehacer se realizaría en una vida pacífica, feliz, no dramática, que es la que realmente, verdaderamente, se vive. A la primera pareja humana genésica, antes de que apareciera lo que se llama misteriosamente el “pecado original”, se le dice en el primer relato del Génesis, que domine, que sean fecundos y se multipliquen, y que llenen la tierra y la sometan; y se insiste en que señoreen sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo animal que serpee sobre la tierra. Son los reyes de un reino en el que todo estaba bien porque todo era bueno. Pero no era el llamamiento a una vida ociosa; tenía la pareja humana un trabajo no de lucha y tribulación sino de desarrollo, de despliegue, de plenitud también creativa, como la del Creador, a cuya imagen y semejanza estaban hechos, hombre y mujer.

Y en el segundo relato del Génesis se dice, en otra versión, que el día en que Yahvé-Dios hizo la tierra y el cielo, no había aún en la tierra arbusto alguno, ni ninguna hierba del campo se había formado todavía, pues Yahvé-Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había “hombre” que labrara el suelo; es decir, que la creación necesitaba del hombre.

Y cuando Yahvé-Dios planta el jardín —donde había colocado al hombre como última criatura y coronación de la creación toda— y lo puebla de toda clase de árboles, deleitosos a la vista y buenos para comer, toma al primer hombre por nombre Adán —nombre que viene del suelo (“addama”)— y lo coloca en el jardín del Edén para que lo labre y lo cuide. El hombre Adán tenía que trabajar pero paradisíacamente, no una tierra maldita de espinas y abrojos sino una tierra feraz, ubérrima, donde el trabajo era un gozo; no un castigo sino una bendición.

c) *La libertad del hombre.*

El enigma, la perplejidad de que habla Maimónides en su “Guía de perplejos”, de la vida del hombre, no es el de que se encuentre con una vida no hecha, con una vida por hacer, sino el de que se encuentre —como queda dicho— con una vida dramática. El drama es aquella acción

en la que luchan el bien y el mal, pero en la que el bien, aunque a través de muchas tribulaciones, puede y debe salir triunfante. Al contrario, lo trágico de la tragedia es que el bien sucumbe inexorablemente ante el mal. El hombre trágico tiene la conciencia de su libertad, pero se siente, al mismo tiempo que libre, como Segismundo, encadenado; en la tragedia no hay libertad porque el “fatum”, el hado, es más fuerte que la libertad del hombre y éste ha de sucumbir ante él; todo lo que se le pide es que no sucumba pasiva sino heroicamente. Pero el hombre es libertad, libertad libre, no encadenada, y aunque dramáticamente, sacrificialmente, es el único ser creado capaz de alcanzarla.

Ahora bien, libertad ¿para qué?. Esta pregunta que se hizo Lenin al inicio de la revolución de octubre en Rusia, ante el liberal y cristiano D. Fernando de los Ríos, despojada de su corteza cínica en la que la envolvía el puro animal político que era Lenin, al contrario que su interlocutor, está llena de sentido. Esa preposición “para”, que denota el fin o término a que se encamina una acción, es un dinámico “hacia” y constituye el sentido mismo de la vida y, sin él, ésta carece en absoluto de razón, de fundamento. No se hace camino al andar, salvo que se camine hacia algo y este algo, el que sea en cada caso, es el que da sentido a todo, empezando por la vida misma; no hacer camino sin punto de destino, sino hacerse camino, encaminarse.

Pero el hombre puede hacerse legítimamente una pregunta radical a la que está abierto todo este trabajo y que es tan antigua como el hombre mismo: ¿y por qué la vida ha de tener un sentido, un argumento?. También se puede decir y se ha dicho y habrá siempre quien lo diga, que la vida no tiene sentido alguno ni tiene por qué tenerlo; sería simplemente el resultado de lo que se llama “el azar y la casualidad”. Hay un libro famoso que lleva ese título. Pero así como Descartes dice como fundamento de todo lo fundable: “Pienso, luego existo”, paralelamente se puede decir: si la vida no tiene sentido, ese es su sentido, el no tenerlo, no hay escapatoria.

d) *El origen, no el “principio”, de la vida.*

Si parece indudable —si es que hay algo puramente humano indudable— que todo es “para algo” y es un “hacia algo”, frente a ese “para” y ese “hacia” de esa vida con la que el hombre se encuentra, habrá que empezar por preguntarse por el origen de ella. Es supérfluo decir que no sólo nadie sabe nada de este origen sino que nadie, ningún mortal, puede saber ni sabrá nunca nada —con la sólo razón humana— ni

del origen ni del fin último o destino de la vida. Lo que sí sabemos, con el dicho coloquial, es que “principio quieren las cosas”, y en términos ignacianos, “principio y fundamento”; por consiguiente, más todavía lo exigirán las no cosas, como la vida, que es la menos cosa del mundo. Pero lo que hay que añadir inmediatamente es que el “principio” no es el origen de las cosas o de las no cosas, el principio es el fundamento, la matriz, la “causa sui” —aunque la palabra causa es mucho más enigmática de lo que parece— de las cosas, en el que se engendran, mientras que el origen es sólo el punto y momento y la forma en que se manifiestan, en que salen a la luz.

Al decir que el principio no es el origen y viceversa, lo que se quiere decir es lo siguiente: cuando se descubren las fuentes de un río, el Amazonas o el Nilo, no se descubre el “principio” del agua —el río es caudal de agua corriente— sino únicamente el origen del río; el agua es lo que está en las nubes, en los mares, en el cuerpo humano —en el que el 72% es agua— y también en el río, pero no sabemos lo que es el agua. Y si se dice que sabemos que el agua es, físicamente, H_2O , no podemos olvidar que tampoco sabemos lo que es H y lo que es O. Y así también, por ejemplo, cuando se dice en la nueva biología que se está llegando al principio de la vida, no sabemos bien lo que quieren decir los que lo dicen, ni si ellos saben bien lo que significa la palabra “vida”.

Vamos, pues, a empezar por discurrir sobre el origen —no el principio— de las cosas, entendiendo por cosas en esta primera fase de esa búsqueda, todo, incluida la vida misma, e incluso la vida humana. Y vamos a empezar por hacernos eco de algunas advertencias y algunas preguntas. San Agustín, por ejemplo, no concibe la curiosidad de “descubrir los secretos de la naturaleza, que no sirven para nada, ya que los verdaderos valores están dentro de nosotros mismos”; y también son suyas las palabras “en el interior del hombre habita la verdad”. Y Pascal se expresa así: “No debo buscar mi dignidad en el espacio sino en el gobierno de mi pensamiento. No tendré más aunque posea mundos. Si fuera por el espacio, el universo me rodearía y me tragaría, como un átomo, pero por el pensamiento yo abrazo el mundo”. Y Van Gogh, el pintor, decía, o mejor exclamaba, una cosa parecida: “Tengo una terrible necesidad ¿diré la palabra?, de religión. Entonces salgo por la noche y pinto las estrellas”.

Y también una pregunta primera, primerísima, que han hecho suya Leibniz, hace dos siglos, y Heidegger, ayer: ¿Por qué el ser (Heidegger dice el ente) y no la nada?. Y también Teilhard de Chardin, cuando dice que los físicos, llegando al extremo de sus análisis, no saben ya si las estructuras a las que llegan son la esencia de la materia que estudian, o bien el reflejo de su propio pensamiento.

CAPITULO II

CREACIONISMO Y EVOLUCIONISMO – CREACIONISMO

a) *Sobre el origen se dan dos formas de pensamiento o creencia.*

Pero vamos a olvidar estas prudentes advertencias y vamos a ver lo que, oscuramente por supuesto, se puede decir del origen de las cosas y, sobre todo, de la no cosa que es la vida. Hay dos grandes corrientes de pensamiento y de “creencia”, que tienen innumerables afluentes e innumerables derivaciones. Pero vamos a olvidar los unos y las otras y concentrarnos únicamente en las dos formas básicas del sentir, del pensar, del creer, sobre este gran enigma.

Esas dos formas se llaman creacionismo y evolucionismo. En la primera el origen de la naturaleza, y dentro de ella de la vida y no digamos de la vida humana, es sobrenatural, trascendente, está fuera de ella; en la segunda es puramente natural, está dentro de ella, es inmanente. Estas dos corrientes son divergentes salvo en dos cosas: 1) consideran la materia —que como veremos es un puro enigma— aunque en distinto grado, como el primer origen de todo, incluso de la vida; 2) que tanto en una como en otra —creación y evolución— hay un origen único, unitario, de lo que pudiéramos llamar esta “materia prima” y todo lo que de ella se deriva, si bien la creación es por especies, mientras que en la evolución emergen las especies unas de otras. En la primera, el origen está en Dios, que es espíritu; en la segunda, en el huevo cósmico, que es materia.

b) *Creacionismo. (El Génesis).*

Vamos a empezar por el creacionismo. Todas las religiones tienen su propia cosmología de origen divino; pero no vamos a hacer un análisis y una descripción de ellas; esto sería pura erudición, cosa que aborrezco, inmodestamente, como se aborrece todo aquello para lo que uno no sirve. Me voy a concentrar en el creacionismo cristiano, que es el único que verdaderamente podemos entender los que estamos en él acuñados.

c) *El “Principio”.*

En el Génesis, el primer libro del Pentateuco, del Antiguo Testamento, que es un libro maravilloso, no ya como texto inspirado sino

desde el punto de vista literario, humano y dramático, las palabras iniciales, o mejor iniciativas, que se leen son éstas: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra”. Luego el cielo y la tierra no son en sí mismos “principales” sino que están en el “principio”, que es, por decirlo así, —introduciendo a destiempo el concepto de tiempo— previo. Lo que se entiende por principio desde el punto de vista escriturístico, se puede leer en el prólogo del Evangelio de S. Juan, en el Nuevo Testamento: “En el principio existía el Verbo —la Palabra— y el Verbo estaba con Dios, el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios; todo fué hecho por él y sin él nada se hizo de lo hecho”. El Verbo, la Palabra, que estaba en el principio y era Dios, es la que hace todas las cosas; veamos cómo las hace.

d) Dos relatos en el Génesis - 1^{er}. Relato.

Hay dos relatos, el primero que aparece en el texto del Génesis, es seguramente posterior al que aparece después. Esta primera narración, cronológicamente posterior, en la que se nombra a Dios como Elohim, se presenta como más “sistemática” y más teológica que la segunda. Lo que se destaca en ella es la caótica soledad de la tierra, las tinieblas abismales y una masa de agua sobre las que se cernía el Espíritu de Dios. Se hace la luz contra las tinieblas, se hace el firmamento, al que se llama cielo; se separan las aguas del terreno seco; se encienden las dos lumbreras del día y de la noche, y después la palabra de Dios ordena a las aguas y a la tierra que produzcan, según sus naturaleza, todas las especies acuáticas, aladas o terrenales, ganados, reptiles y bestias salvajes; y a virtud de esa palabra del agua y la tierra —ambas pura materia— nacen todas las formas específicas de vida. Todo se hace por la Palabra, nada autogénicamente, nada por las manos de Dios, si las tiene.

Y todo esto se hace gradualmente, en unos tiempos llamados enigmáticamente “6 días”; y todo se hace de la misma manera, excepto el hombre. Esta especie, especialísima, se hace, por así decirlo, aparte, en forma “sui generis”, con estas misteriosas palabras: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” —cosa que no se ha dicho de ninguna otra criatura o especie zoológicas previas—. A él se le da el dominio sobre todas las criaturas antes creadas, y se añade: “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó”. Y se le ratifica ese señorío y dominio sobre toda la creación, una creación en la que Dios vió que “todo era bueno”.

e) *Segundo relato.*

Pero en el segundo relato, que es el primero cronológicamente, a Dios se le da el nombre de Yahvé, y por eso se llama “yahvista”. Para nuestros efectos sobre el origen del hombre esta narración tiene especial interés. Se empieza de la siguiente manera: “Cuando Yahvé-Dios hizo la tierra y el cielo, no había todavía en la tierra arbusto alguno del campo, ni había brotado ninguna hierba, porque Yahvé-Dios no había hecho todavía llover sobre la tierra, ni existía hombre alguno que cultivara el suelo...” “Entonces, Yahvé-Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en sus narices un hálito de vida y el hombre se hizo un ser viviente”.

f) *Soplo - Espíritu - La soledad del “varón”.*

Soplo, etimológicamente significa “espíritu”, derivado de “spirare”. Para este hombre terrenal-espiritual, fabrica Dios como su morada propia el jardín llamado Edén. Pero este hombre rodeado de maravillas está solo y aislado frente a todas las especies zoológicas creadas animadas, pero no “sopladas”. Esta soledad de Adán es muy misteriosa, ¿qué clase de soledad es ésta de una criatura que está conviviendo nada menos que con su Creador?. Pero Yahvé repudió esta soledad diciendo: “No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda semejante a él”. Y entonces, lo primero que hace Yahvé-Dios antes de crear a Eva, que será carne y huesos de Adán, es formar de nuevo de la tierra toda clase de animales del campo y aves del cielo, cada uno según su especie, y presentarlos a Adán para que les pusiera nombre.

g) *La Zoología “específica” —los nombres—.*

Todos estos animales hechos de la tierra, del polvo, están “animados”, pero ninguna de esas especies recibe el soplo, es decir el espíritu de Dios. Aquí hay que destacar dos cosas: primero, que Dios hace “específicamente” cada clase de criatura viviente; y segundo, que las presenta al hombre para que les ponga nombre. ¿Es importante poner nombre a las cosas? Sí, el nombre es muy importante. El nombre no hace la cosa, pero da su identidad a la cosa nombrada. En toda clase de religiones, el nombre de Dios o de los dioses tiene el mayor relieve. Ya hemos visto que es distinto en uno y otro relato del Génesis. El nombre

de Dios es un problema profundamente teológico. Se dice del Padre, en el “Padre nuestro”, no santificado seas sino “santificado sea tu nombre”. Y cuando Moisés encuentra a Dios en la zarza ardiente y Dios le dice que El es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, Moisés le dice a Dios: “Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: el Dios de nuestros padres me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre ¿qué les responderé?” Y entonces Dios le contesta a Moisés: “Yo soy el que soy, así les responderás: “Yo soy” me envía a vosotros”. Este “yo soy el que soy” ha sufrido en su traducción al griego y al latín, y a las demás lenguas, muchas matizaciones que no son del caso; lo importante es subrayar que los israelitas quieren conocer el nombre propio de Dios, de su Dios, porque no les basta que sea el Dios de los padres.

Ya antes, en tiempos de los Patriarcas, cuando Jacob vuelve a Palestina con sus dos mujeres, Lía y Raquel —la amada y la de “contrabando”— y lucha durante toda la noche con el angel, a este hombre —como se le llama al angel— viendo que no le podía vencer, tras desarticularle el muslo y cuando quiere separarse, Jacob le dice: “No te soltaré hasta que no me bendigas”, y entonces el antagonista de Jacob le pregunta, “¿Cómo te llamas?”, y al contestar él que Jacob, le dice: “Pues no te llamarás ya Jacob sino Israel, porque has luchado contra Dios y contra los hombres y has vencido”. Y Jacob, a su vez, le pregunta: “Dime tu nombre, por favor”. Pero el angel de Dios le bendijo, mas no le dió su nombre. Y también el nombre de Juan el Bautista, el hijo de Zacarías y de Isabel, es misterioso. Y también el nombre de Saulo, el perseguidor, se cambia tras ser derribado por la voz de Jesús, por el de Pablo. Y tantos y tantos otros. Por eso, para poner punto final a este tema, baste recordar que de Dios se dice que es inefable, que no se puede decir, que no se puede hablar de El, que no se le puede nombrar. En cuanto a los nombres de Cristo, son multitud.

h) Creer en el Génesis. (Textos inspirados).

Supongo que alguno de Vds. —incluso que se dicen y son cristianos— se preguntará oyéndome, pero ¿Vd. cree en el Génesis?. Y todavía más, ¿cómo se puede creer en eso?. Pero yo voy a decir primero por qué creo, y luego cómo creo. 1º) Creo porque en mi fe considero que todo en la Biblia está “inspirado”; porque todo en ella procede de Dios como de su causa principal; el hagiógrafo es siempre causa instrumental que está bajo el influjo positivo de Dios. En el libro del Génesis, como

en todo el Antiguo Testamento, Dios se revela a “sí mismo” con palabras y con obras, pero siempre veladamente. En el Concilio Vaticano II, en su Constitución dogmática sobre la divina revelación se han sentado las bases de lo que debe entenderse por texto inspirado: “Las Sagradas Escrituras contienen la palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios...”. Estas palabras se refieren tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, y respecto del primero se añade: “Estos libros, aunque contengan también algunas cosas imperfectas y adaptadas a su tiempo, demuestran sin embargo la verdadera pedagogía divina”. Y en relación a la interpretación de los mismos, esa Constitución dogmática advierte que “para descubrir la intención de los hagiógrafos, hay entre otras cosas que atender a los géneros literarios, pues la verdad se propone y expresa, ya de una manera ya de otra, en los textos de diversos géneros históricos, proféticos, poéticos o en otros géneros literarios, y que para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos hay que atender cuidadosamente, tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar, vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época más solían usarse en el trato mutuo de los hombres”.

i) Cómo creer.

Y 2º) Cómo creo. Pues creo como hay que creer en los textos bíblicos, “parabólicamente”. La parábola, que viene del griego y del latín en el sentido de comparación analógica o narración simbólica de la que se desprende una enseñanza moral, si se entiende al pie de la letra, se entiende mal o no se entiende. Si se me pregunta si yo asumo literalmente la narración que se hace en el Génesis de la creación de los cielos y de la tierra, es como si se me pregunta respecto de las parábolas de la predicación de Jesús en la tierra, de las cuales El mismo dice que se emplean para que no “las entiendan los que las oyen”, ni “las vean los que las miran”, no porque sean ininteligibles, sino porque los que las oyen tienen oídos y no oyen, y los que las contemplan, tienen ojos y no ven. El sembrador que sale a sembrar no ha existido nunca; el campo en el que hay enterrado un tesoro no se encuentra en ninguna parte, ni nada se sabe históricamente del siervo despiadado que exige a su pequeño deudor la deuda que él, en mucha mayor cuantía, debía y le había sido perdonada. Y lo mismo se puede decir de las bodas reales, y de la parábola del hijo pródigo, y del padre que tenía dos hijos y uno decía obedecer y no obedecía, y el otro obedecía sin decirlo, y así sucesivamente.

j) *“Entender” la creación genésica.*

En este sentido, lo que yo creo de la doble narración genésica del Génesis es lo siguiente: 1º, que Dios creó el mundo por sí solo; la potencia creadora de Dios no es “transmisibile”, es “incomunicabilis”. 2º, que Dios creó al mundo por su propia voluntad, sin coacción exterior alguna ni ninguna obligación interior; y así pudo crear y no crear, pudo crear este mundo u otro. 3º, que el mundo fué creado por Dios en el tiempo, por lo tanto no es eterno: tiene un comienzo en el tiempo y tendrá un término en él. 4º, que el mundo creado por Dios es mantenido constantemente en su existencia por el Creador. Este “mantener” es, en cierto sentido, un continuo “crear” (conservatio est continua creatio).

k) *Los cánones del Vaticano II.*

Y con referencia estos textos, los cánones añadidos por el Concilio Vaticano II, reafirman las siguientes verdades: 1ª) el único, verdadero Dios es Creador y Señor “de las cosas visibles e invisibles” (DS 3021). 2ª) Es contraria a la fe la afirmación de que solamente existe la materia (materialismo) (DS 3022). 3ª) Es contraria a la fe la afirmación de que Dios se identifica esencialmente con el mundo (panteísmo) (DS 3023). 4ª) Es contrario a la fe sostener que las criaturas, incluso las espirituales, son una emanación de la sustancia divina, o afirmar que el ser divino, con su manifestación o evolución, se convierte en todo (DS 3024). 5ª) Es contraria a la fe la concepción según la cual Dios es el ser universal, es decir, indefinido que, al determinarse, constituye el universo distinto en géneros, especies e individuos (Ibid.) 6ª) Es contrario a la fe negar que el mundo y todas las cosas en él contenidas, tanto espirituales como materiales, según toda su substancia, han sido creadas por Dios de la nada (DS 3025).

l) *Primera nota sobre la nada.*

Sobre este último punto, sin negarlo ni rechazarlo, sí quiero añadir que lo que no se dice en el Génesis, ni a mi entender en todas las Sagradas Escrituras, es que el mundo haya sido hecho de la “nada”. La nada no aparece mas que en un sentido coloquial en algunos textos bíblicos, por ejemplo en Macabeos 2, 7, 28, las palabras que dice la madre de los

siete hermanos que fueron torturados y sacrificados por Antíoco, fueron éstas: “Te pido, hijo mío, —era el último de sus hijos que moría— que mires al cielo y a la tierra y lo que hay en ella; que sepas que Dios hizo todo esto de la nada y que el género humano fue hecho así”. Y hay otro texto, que yo no he visto nunca citado, en el libro de Job 26-7, que dice así: “El —Dios— tendió el cielo sobre el vacío y colgó la tierra sobre la nada”. Pero de estos dos textos (quizá haya otros) que pudieran llamarse anecdóticos en el inmenso caudal de las Escrituras, decir que la creación de la nada es de fé, me parece, con todo respeto y acatamiento, un poco excesivo. La nada, si es algo, ya no es nada, y si es verdaderamente nada, de la nada, nada se puede hacer. Sin embargo es cierto que la doctrina católica —Sto. Tomás a la cabeza— ha consagrado, quizá por temor al emanatismo y al panteísmo, esta creación “ex nihilo”; pero volveremos sobre este tema.

m) *Naturaleza y sobrenaturaleza.*

Hasta aquí la creación bíblica. Una creación de las cosas visibles e invisibles y hasta qué punto las cosas invisibles e intocables de la naturaleza están ahí, es lo que están descubriendo ahora las ciencias naturales, descubriéndolo científicamente y casi mágicamente. A la pregunta ¿cuál es el origen de las cosas —incluido el hombre— la naturaleza o la sobrenaturaleza?; el creacionismo responde: la naturaleza y la sobrenaturaleza, pero no como dos naturalezas distintas, sino como las dos caras, o mejor la cara y la cruz de una misma cosa, de esa moneda, de ese don de la creación hecha para el hombre, también criatura pero hechura, según el primer relato del Génesis, a imagen y semejanza de Dios.

CAPITULO III

EL EVOLUCIONISMO

Y ahora nos enfrentamos con el evolucionismo, una idea o visión que parece sencilla y que gana a las gentes por esa aparente sencillez,

siendo no obstante como es, algo enormemente complejo y confuso. A esa misma pregunta anterior sobre cuál es el origen de las cosas, incluido el hombre, el evolucionismo responde: la naturaleza, o más exactamente la materia, porque para él no hay mas naturaleza que la material.

1) *El gran tema: materia o espíritu.*

Para mí éste es el único evolucionismo con el que cabe dialogar, el materialista. Aquellos otros que se dicen engendrados originariamente en la pura materia, pero en los que se da entrada más “tarde” a la trascendencia, a la sobrenaturaleza, por decirlo de alguna manera, no son puros evolucionismos sino creacionismos, aunque impuros. Así, si se dice que es Dios quien ha hecho la evolución, esto es puro creacionismo, porque el creacionismo lo que establece es que Dios ha hecho todas las cosas y que las ha hecho sucesivamente, puesto que las ha hecho en el tiempo y en el espacio —ambas también cosas creadas— así como que las ha hecho específicamente, sin que sepamos tampoco cómo se ha hecho esa especificación creacionista. Este es el punto clave, no de un tema más sino del tema de los temas, la filiación o la no filiación divina del hombre, y no el modo o la forma del creacionismo, cosa que no sabremos nunca, y que si es evolucionista porque así lo haya querido la “Palabra” creadora, sigue siendo creacionista y creacionismo.

2) *Teilhard de Chardin.*

Con un ejemplo se aclara mejor lo que se quiere decir. Un Teilhard de Chardin no es un evolucionista “sensu estricto”, lo suyo es un devenir, y aunque es verdad que el evolucionismo es un devenir, como vamos a ver más tarde, es un devenir materialista, mientras que el de Teilhard de Chardin es un devenir espiritualista. En términos generales, la dialéctica, en todas sus formas, es un devenir, pero un devenir que en el hegelianismo lo es desde arriba, desde la idea divina, mientras que el de Teilhard de Chardin es un devenir, también a lo divino, pero desde abajo, como el de Darwin, aunque no para terminar en el hombre, darwinianamente, sino en una cristología cosmológica. Esta frase en una de sus obras, “*Comment je crois*”, lo define; dice así: “Yo creo que el universo entero es una evolución. Yo creo que la evolución tiende al espíritu. Yo creo que el espíritu se perfecciona en lo personal. Yo creo que lo máximo personal es el Cristo universal”. La “Teogénesis” o “Cristo-

génesis” de Teilhard de Chardin es muy interesante; yo creo también que muy confusa, pero en todo caso es un creacionismo, puesto que desemboca en el espíritu, y no un evolucionismo verdadero, que ignora radicalmente el espíritu.

3) *El evolucionismo como “devenir”.*

La evolución es movimiento, desplazamiento, desarrollo, transformismo, pero sin que ninguno de estos términos lo exprese adecuadamente. Es —ya se ha dicho— un “devenir”, y este término toca uno de los temas más antiguos, más profundos y más presentes también en la física y en la metafísica actuales. Lo que el hombre ve, siente y piensa, es que todo está en movimiento, empezando por él mismo. Pero al propio tiempo, todos esos fenómenos requieren un “algo” que se mueve, que cambia. La relación entre la “quietud” y la “inquietud” de ese “algo” es el problema. Heráclito —el fluir como realidad— y Parménides —todo lo que es, es decir todo, porque no hay más que el ser, está en reposo— representan, desde el pensamiento jónico presocrático hasta nuestros días, estas dos posiciones radicales en la iniciación del genuino pensar físico y metafísico.

4) *El evolucionismo como “ciencia”.*

Lo que se trata de saber, desde el punto de vista evolucionista, en si puede haber una visión o teoría —son la misma cosa— “científica” del origen del universo, en el sentido de las cosas todas, incluida la vida en la totalidad de sus formas, y específicamente la vida humana. “Científica” quiere decir que haga innecesarias las diferentes cosmogonías religiosas, dado que la razón humana puede establecer por sí misma la ley o leyes naturales, y no sobrenaturales o deistas, que regulan esos fenómenos, esa apariencia o manifestación que llamamos universo; es decir, una ley que así como la de gravitación universal de Newton dio la razón del movimiento en los círculos o circuitos siderales, diera esa otra razón del movimiento desde la materia inerte a la vida, y dentro de ésta, de todas las especies, desde las microespecies hasta el hombre, sin intervención alguna sobrenatural.

5) *“Ex nihilo, nihil fit”.*

Así como el creacionismo parte —sobre todo desde la escolástica— del principio “ex nihilo fit omne ens qua ens” (de la nada se han hecho todos los entes en cuanto son) el materialismo evolucionista arranca del principio contrario: “ex nihilo nihil fit” (de la nada, nada se hizo), sin que se tenga que hacer cuestión del origen de la materia, porque para el evolucionismo, en principio, la materia es eterna. Sto. Tomás, puro creacionista, sobre este tema de la eternidad de la materia, tuvo sus reservas.

6) *Segunda nota sobre la nada.*

Este de la “nada” es de los temas más profundos de la filosofía; se empieza a filosofar de muchas maneras pero una es preguntarse por el ser o la nada, como Leibniz o Heidegger; o literariamente el “to be or not to be”, de Shakespeare. Pero permítaseme una segunda divagación sobre la “nada”. Ya hemos visto que ni en el Génesis ni en el resto de las Escrituras se habla “sustancialmente” sino ocasional o coloquialmente de la creación “ex nihilo”. En cambio la doctrina de la Iglesia lo ha hecho si no dogma, sí principio de fe. ¿Por qué? Pues por temor al emanantismo y al panteísmo. Pero respetando y acatando esa doctrina, digo lo siguiente: La creación “ex nihilo” es una tautología, y si no lo fuera, sería un condicionamiento de la acción creadora, es decir de Dios. Si la nada es nada, lo que se quiere decir es que Dios ha hecho la creación creando, con lo que el emanantismo y el creacionismo siguen vivos. Y si es algo, como cuando se dice que Dios sacó el mundo de la nada, estamos condicionando de alguna manera la acción creadora, siendo así que tal acción de Dios, y Dios mismo, son en esencia “incondicionables”. Para que no haya ni pueda haber emanación o panteísmo, no hay que recurrir al concepto de “nada”, porque para Dios “todo” es posible. Digamos que Dios creó y que no sabemos ni podemos saber cómo creó. Y ésta es toda la verdad, al menos yo así lo creo, seguramente con error, pero no sólo de certezas vive el hombre; conviene que también haya, no sólo herejes, sino errores.

7) *El “ser” de la materia.*

Pero tras de ese paréntesis sobre la nada, para entrar en el evolucionismo materialista hay que empezar por preguntarse qué es la materia,

el polvo, el barro de lo que arranca todo, absolutamente todo el proceso evolucionista. Lo que se ha aprendido en estos últimos digamos cincuenta años, de la naturaleza, de la materia terrenal y de la materia sideral, así como del universo galáctico y de la anergía y energías, que son cosas ambivalentes con la materia, es increíble.

8) *Premonición de Séneca: “cosas más grandes hareis vosotros”.*

Conviene recordar aquí y ahora estas palabras de nuestro Séneca, en su libro 7º de Cuestiones Naturales: “Llegará una época en la que la investigación diligente y prolongada sacará a la luz cosas que hoy están ocultas. La vida de una sola persona, aunque estuviera toda ella dedicada al cielo, sería insuficiente para investigar una materia tan vasta... Por lo tanto, ese conocimiento solo se podrá desarrollar a lo largo de sucesivas edades. Llegará una época en la que nuestros descendientes se asombrarán de que ignoráramos cosas que para ellos son tan claras... Muchos son los descubrimientos reservados para épocas futuras, cuando se haya borrado el recuerdo de nosotros. Nuestro universo sería una cosa muy limitada si no ofreciera a cada época algo que investigar... La naturaleza no revela sus misterios de una vez para siempre”.

Y también riman con esto esas misteriosas palabras evangélicas: “Cosas más grandes que éstas —los milagros de Jesús— haréis vosotros, porque yo vuelvo al Padre”.

9) *Ambivalencia físico-metafísica de la materia.*

El problema frente al tema de la materia es que ésta es ambivalente, en el sentido de que pertenece tanto a la Física como a la Metafísica. Eso de que el hombre, por la muerte, vuelve a la tierra porque de ella le sacaron, y que puesto que es polvo al polvo vuelve, es una de las cosas más misteriosas que se han dicho, porque le da al polvo una gran entidad, un gran protagonismo.

Pero ¿cuándo empieza el hombre a pensar que la materia, el polvo, eso que está ahí, puede ser por sí misma, sin intervención alguna extra-material, sobrenatural, algo genésico productor de la vida, sin hacerse cuestión del origen de la materia misma?. Hay que tocar pues el tema del materialismo, en ese ambivalismo físico-metafísico; pero muy breve y muy elementalmente, porque es un tema tan radical y tan de fondo que abordarlo en todas sus dimensiones desbordaría y desnaturalizaría el propósito y las posibilidades de este discurso.

En verdad cada día está más claro —y este tema lo evidencia— que no puede haber pensamiento físico, llamando así a lo que dice relación a todas las ciencias naturales, sin un sustrato metafísico, llamando así a todo lo que no son ciencias empíricas ni viceversa.

10) *Los dos problemas del materialismo: 1º Origen de la materia.*

Lo que hay que empezar por decir es que el evolucionismo materialista tiene dos problemas que afectan al ser o no ser del mismo. El primero es el del origen de la materia, o el del no origen si es que se considera ésta eterna; pero entonces de esa eternidad habrá que hacerse cuestión, habrá de cuestionarse el “qué” de la materia, habrá que dar razón tanto de la materia como de su eternidad.

11) *Segundo problema: teledirección, perfeccionista.*

Pero el segundo problema es el verdaderamente crucial, porque es el que hace referencia al tránsito de la materia inerte a la materia viva y, ya dentro de ella —soslayando lo que la visión materialista tiene de monismo, de única realidad— habrá también que dar razón de por qué en esta materia viva se inicia un proceso perfectivo que va desde los microorganismos hasta esa especie especialísima y dramática que se llama “el hombre”. En otras palabras, la explicación puramente naturalista que lleva desde la ameba a un Leonardo da Vinci, todo ello sin romper el monismo, que es la razón de ser del materialismo, que reduce todo el proceso fenomenológico, incluido el psíquico, a un movimiento de la materia, digamos material.

12) *El pensamiento jónico como origen del materialismo génésico.*

Es una reacción que se inicia con la curiosidad y la atención asombrada del hombre ante la naturaleza, su acontecer y sus fenómenos entre los años 600 y 400 a.C. Un Tales de Mileto quizá sea el prototipo. La ciudad de Mileto, en tierra firme asiática, está muy próxima a la isla de Samos, puramente jónica. Tales conocía las culturas babilónica y egipcia, culturas de tipo más bien misterico, entendiendo por tales las culturas que gobiernan o des gobiernan los dioses, como por ejemplo la de Grecia primitiva, donde la guerra de Troya está maquinada toda, des-

de su mismo origen, más que por los héroes griegos o troyanos (Aquiles y Héctor sobre todo) por los dioses, principalmente por los dioses del Olimpo; sus pasiones, sus amores, sus celos. Con los poemas homéricos nace, por así decirlo, el hombre griego, de cuyas cabezas pensantes somos todavía herederos los hombres de hoy y lo serán los de mañana.

13) *Tales de Mileto.*

La cabeza pensante del griego Tales, quiso comprender el mundo sin contar —por lo menos del todo— con los dioses. Los babilonios creían que el mundo había sido antes agua, o al menos parece que creían eso, porque estas mitologías son siempre enormemente confusas; y Tales, arrancando del agua, piensa que la tierra se forma a partir de los océanos, no por un acto de creación sino por un proceso natural semejante a la sedimentación que él había observado en el delta del Nilo. Habían sido, pues, fuerzas materiales, naturales y no sobrenaturales, las hacedoras de la tierra, y ésta, la madre de todos los seres animados.

14) *La filosofía y las almazaras.*

Hay una anécdota en la vida de Tales de Mileto que cuenta Aristóteles en su *Política* —porque ya en aquella época había la polémica entre ciencia pura y teconología—: “Se le reprochaba (a Tales) su pobreza, la cual demostraba que, al parecer, la filosofía no sirve de nada. Según la historia, su capacidad para interpretar los cielos —es decir, la astrología— le permitió saber en pleno invierno que el año siguiente habría una gran cosecha de aceitunas; como disponía de algo de dinero, depositó unas sumas reservándose el uso de todas las prensas de aceite de Quios y Mileto, que alquiló a bajo precio porque nadie pujó contra él. Cuando llegó la época de la cosecha y había mucha necesidad de utilizarlas todas, las alquiló al precio que quiso y reunió mucho dinero. De este modo demostró al mundo que los filósofos pueden hacerse ricos fácilmente si lo desean, pero que su ambición es de otro tipo”. Pero sin contradecir a Aristóteles, ¡qué pocos son, si alguno, los filósofos que hayan practicado esa filosofía de la aceituna!

15) *Anaximandro y S. Agustín.*

En esa misma línea de Tales está Anaximandro, también de Mileto, que examinando la sombra móvil proyectada por un palo vertical, determina con precisión la longitud del año y de las estaciones. Pero lo importante para nuestro tema es que, aunque partiendo de un indeterminismo misterioso contrario a Tales, llegaba a pensar que el origen de la vida era espontáneo, nacido del barro y siendo los primeros animales acuáticos, es decir peces; y que luego estos peces abandonaron el agua y se adentraron en la tierra firme por un proceso que ya, desde entonces, empieza a ser puramente evolucionista hasta el ser humano. Y es curioso descubrir que S. Agustín, en el siglo IV de la era cristiana, que había pasado del platonismo ciceroniano al cristianismo, se queja amargamente del error y la falta de visión que suponía que ni él, ni Tales, ni Anaximandro, atribuyeran la causa de toda esa incesante actividad genésica de la naturaleza, a una mente divina. Pero para las mentes jónicas de todos los tiempos, contar con la mente divina era misticismo, no ciencia, y sin embargo son las ciencias naturales las que ahora están empezando a ser místicas, misteriosas.

16) *Demócrito.*

Pero dentro de ese empirismo, Demócrito fue el que llevó las cosas más al fondo del materialismo. Había nacido en Abdera, que era entonces lo que es ahora para nosotros haber nacido en "babia". Pero Demócrito de tonto no tenía nada. Es sabido que él inventó la palabra "átomo", que en griego significa "lo que no puede dividirse", y de él es esa sentencia: "Nada existe aparte del átomo y el vacío". Y parece que creía que las religiones existentes en su época eran malas, y que no había ni almas inmortales ni dioses inmortales. Se le puede considerar como el gran, primer materialista en la historia del pensamiento humano, y desde luego de la teoría atómica.

17) *El "divino" Pitágoras.*

En contraposición, Pitágoras, de esa misma época, no fue materialista pero fue un maravilloso hombre de las ciencias matemáticas. El teorema de Pitágoras, desde nuestra adolescencia forma parte de las nociones más elementales que nos habitan. Fue un hombre profundamen-

te religioso, hasta el punto de que en las matemáticas no se quedaba en el cálculo y en la cantidad y en la extensión, sino que las sublimaba hasta divinizarlas. Los pitagóricos creían haber descubierto un mundo perfecto y misterioso, al que sólo se podía llegar por una especie de ascesis. No es un evolucionista porque no es un materialista, pero pertenece a esa misma casta de las mentes racionalistas que pueden emparentarle con un Descartes. El “pienso, luego existo”, quiere ser en filosofía una evidencia tan clara y distinta, y tan incontrastable, como tiene que ser un axioma en el pensar matemático. Es un pensar matemático y geométrico, pseudo cabalístico, en el sentido de una ciencia oculta, esotérica.

En este pensamiento jónico, mucho más complejo por supuesto de lo que resulta en estas notas, lo que se considera es más el origen material de la vida, y con ella de la vida humana, que el origen y el ser de la materia genésica misma; pero si se sale de este empirismo materialista al del ser de la materia, el problema se complica —aunque vamos a pasar sobre él como sobre ascuas— extraordinariamente.

18) *Entendimiento filosófico de la materia - de nuevo los jónicos.*

Pero dentro ya de este orden filosófico, no puede dejar de citarse en relación con nuestro tema, todavía entre los presocráticos, a Parménides y Heráclito. Para Parménides, todo lo que es, es decir todo, está en reposo. Hay solamente un ser, el ser es eterno, el ser es inmóvil, el ser no tiene principio ni fin. Para Heráclito —al que se suele presentar como contradictor de Parménides— un personaje singular amigo de la soledad y enemigo de la multitud, a la que llamaba “el rebaño”, el todo es fluído y el todo está en perpetuo movimiento.

Hay esa frase tan conocida: “Sobre los que se sumergen en los mismos ríos fluyen siempre distintas aguas”. Y también, “el sol es nuevo cada día”, es decir que no es repetitivo. Pues bien, estos dos temas de la quietud y el movimiento, de lo quieto y lo inquieto, tienen mucho que ver con nuestro creacionismo y nuestro evolucionismo.

En términos generales, los jónicos buscaron lo que permanece dentro de lo que deviene, y pensaron hallarlo en una substancia material. Heráclito hizo del propio devenir el principio de la realidad. Parménides y los eleatas adoptaron al respecto una posición opuesta a Heráclito. En vista de que la razón no hace presa en el devenir, declararon que la realidad que deviene es puramente aparential: el ser verdadero es inmóvil; frente al “todo fluye” de Heráclito, los eleatas proclamaron pues el

“todo permanece”. Los pitagóricos hicieron lo propio, pero pensaron hallar el principio del devenir y de lo múltiple en una realidad ideal: las relaciones matemáticas.

La tendencia general de la filosofía griega, después de Demócrito —que entiende la producción de todo el universo partiendo del átomo y sus movimientos— es decir, en un sentido puramente cuantitativo, tiende a subrayar el principio del cambio frente al simple movimiento; en otras palabras, tiende a un devenir cualitativo.

19) *Platón y Aristóteles.*

Ya en la filosofía postsocrática, la distinción establecida por Platón entre el ser que es siempre y jamás deviene, y lo que siempre deviene y jamás es, le lleva a preguntarse por el tipo de realidad de este último ser, “el ser que es siempre y nunca cambia”; y a su vez le lleva a pensar que tiene que ser algo así como la masa indiferenciada común de los elementos, previa a toda “formación”; esto es, “lo común” en todos los elementos. Pero en tal caos, sirve como un “receptáculo” vacío, capaz de “acoger” cualquier forma. De ahí la identificación de receptáculo y materia que, según Aristóteles, caracteriza la concepción de la materia de Platón. Y también para el mismo Aristóteles, un carácter común a toda noción de materia es la receptividad; cualquiera que sea la materia de que se trate, no es propiamente materia si no está, por así decirlo, “dispuesta” a recibir alguna determinación.

20) *San Agustín.*

S. Agustín describió la materia como algo pasivo e informe, pero no como una pura nada. Sin la materia los cuerpos no podrían pasar de una forma a otra: la materia es la mutabilidad, o el fundamento de la mutabilidad de los cuerpos —es decir, platónico-agustinianamente “receptáculo de mutabilidad”—. Por otro lado, hay para S. Agustín una materia espiritual que es “formada” y de la cual están “hechos” el cielo y los ángeles. La materia no preexiste en ningún caso al mundo formado, pues ha sido creada por Dios “ex nihilo”.

21) *Sto. Tomás.*

Santo Tomás define la materia al modo aristotélico, como aquello de lo cual se hace o puede hacer algo: “materia est, ex qua aliquid fit”. La materia es algo potencial, es un “primum subiectum”. La noción de materia se contrapone por ello a la forma; aparte la forma, la materia no tiene ser propio.

22) *Nota brevísima sobre la filosofía postescolástica y moderna.*

En la filosofía postescolástica y en la moderna y la actual, el problema del devenir no se puede aquí abordar, pero está siempre presente. Citaremos solamente a Hegel, para quien el devenir representa la superación del puro ser y de la pura nada, los cuales son en último término idénticos. En su difícil lenguaje propio dice: “La verdad no es el ser ni la nada, sino el hecho de que el ser se convierta, o mejor se haya convertido en nada, y viceversa”. Para Bergson, en cambio, el ser es una pura inmovilización del devenir.

23) *De la exposición precedente sobrenada el termino “devenir”.*

De todo esta exposición elemental, físico-metafísica, sobrenada un término que es el que hay que salvar y acoger para no desplazarse del eje creación-evolución en el que nos movemos. Este término es el galicismo “devenir”. El devenir es un movimiento, puesto que significa “algo” que no está quieto sino que se mueve, y es un cambio, en cuanto que consiste en un paso, un tránsito de una determinada forma de ser a otra nueva distinta de la primera; es decir, un cierto transformismo. Viene de ésta, de la primera, puesto que todo movimiento tiene que tener un punto de partida, y va, tiene que ir, a un término de llegada, exigido también por el movimiento.

Filosóficamente, la palabra devenir tiene muchos sentidos –Aristóteles le atribuye más de seis– pero tomada en lo que pudiéramos llamar su “sentido común”, nos sirve para decir que tanto el creacionismo como el evolucionismo son un devenir. Vamos a ver cómo en cada caso.

24) *Teoría general del evolucionismo.*

Respecto al origen evolutivo del universo, aunque naturalmente con varias matizaciones, ese pensamiento se puede resumir así: el origen

materialista de todo el universo, incluída la vida, y luego la escalación de las especies vivas hasta llegar a la vida humana, se ha producido mediante un proceso, un “devenir” materialista, radicado en las propiedades inherentes a la materia, dándose así origen a todo lo que existe en el universo, sin que haya habido en ello intervención sobrenatural alguna. En realidad y por definición se excluye a Dios. De este modo, aunque no todos los evolucionistas sean ateos (Hans Küng y otros se dicen evolucionistas aunque en realidad no lo son) la teoría evolucionista verdadera lo es. Según esta teoría, todas las cosas inertes y vivientes han salido de un organismo unicelular, que a su vez ha salido de un mundo material portador o centro de energías, pero inanimado. Esta teoría es la que podríamos llamar “teoría general de la evolución”.

25) *Primera cita de Darwin.*

Darwin —el gran protagonista de la evolución— se expresa así en “El origen de las especies”: “Probablemente todos los seres orgánicos que hayan vivido nunca sobre esta tierra, han descendido de alguna única forma primordial, a la que se infundió vida por primera vez... Esta opinión sobre el origen de la vida tiene su grandeza... porque mientras este planeta ha ido dando vueltas de acuerdo con la ley fija de la gravedad, a partir de un inicio tan sencillo han evolucionado y siguen evolucionando formas sin fin, las más bellas y las más maravillosas”. Darwin explicará luego, como veremos, la “selección natural”, pero lo que no dice nunca es lo que realmente importa, y es de cómo a esa única forma primordial se infundió vida por primera vez.

26) *El big-bang.*

Pero respecto de ese origen, hoy ya no merece la pena hablar más que del “big-bang”; y si alguien pregunta ingenuamente qué había antes del “big-bang”, la respuesta sería la misma que la que se podría dar sobre lo que había antes de la creación; esta respuesta correcta de los evolucionistas es que antes del “big-bang” no había “antes”.

Conforme a la teoría —porque es una teoría— de esta gran explosión, hace veinte mil millones de años, toda la energía y materia del universo estarían dentro de un “huevo” cósmico, repleto —por decirlo de alguna manera— de partículas subatómicas, intensísimas formas de energía y radiación. Naturalmente, nadie tiene la menor idea de dónde venía

este huevo ni cómo llegó allí, pero allí estaba. Después, por otras razones igualmente inexplicables, este gran huevo explotó, y de ese caos inicial se creó por sí solo nuestro maravilloso universo. Poco tiempo después de esta explosión —nos dicen— el universo consistía en una nube expansiva de hidrógeno con una pequeña cantidad de helio. Esto recuerda que alguien ha dicho que hidrógeno es un gas invisible, insípido e inodoro, que con el tiempo se convierte en ser humano. Y eso es exactamente lo que los evolucionistas creen. Según la teoría evolucionista, el desorden generó de manera espontánea el orden; lo complejo salió de lo simple; el caos creó el cosmos, y todo mediante una transformación espontánea, no diseñada ni proyectada.

27) *El antiteísmo evolucionista.*

Frente al deísmo, los evolucionistas arguyen de esta manera: si el cuadro general del universo en expansión y de un “big-bang” es correcto, tenemos que enfrentarnos con preguntas aún más difíciles: ¿Cómo eran las condiciones en la época del “big-bang”? Es el ya comentado ¿qué sucedió antes? ¿Había un diminuto universo carente de toda materia y luego la materia se creó repentinamente de la nada? ¿Cómo sucede una cosa así? Es corriente en muchas culturas, dicen los evolucionistas, responder que Dios creó el mundo de la nada, pero esto no hace más que aplazar la cuestión. Si queremos continuar valientemente con el tema, la pregunta siguiente que debemos formular es evidentemente la de ¿de dónde viene Dios? Y si decidimos que esta pregunta no tiene contestación, ¿por qué no nos ahorramos un paso y decidimos que el origen del universo tampoco tiene respuesta? O si decidimos que Dios siempre ha existido, ¿por qué no nos ahorramos un paso y concluimos diciendo que el universo ha existido siempre?

La posición evolucionista, además de negar al Creador, de rechazar y ridiculizar las dataciones cronológicas y geneológicas del Antiguo Testamento, tomadas al pie de la letra, arguye que los fenómenos naturales de los que hoy no puede dar razón la ciencia, podrá hacerlo en un futuro, como ha ocurrido en tantos campos de esas ciencias. Que la ciencia no sepa o no conteste hoy, no da entrada a la necesidad de un creador, porque puede saber y contestar mañana.

28) *El problema de fondo: ¿un devenir finalista, cualitativo naturalmente?*

Pero el problema de fondo del evolucionismo es el por qué ese proceso del paso del caos al cosmos y de la materia inerte a la vida, que no puede ser un mero movimiento ni un puro cambio, sino un proceso perfecto, dado que esta evolución o es un desarrollo, un gran despliegue, o no es evolución. Si es un devenir, es decir un venir de, ha de ser un devenir cualitativo, un venir a más; si es sólo cuantitativo no es evolución, es movimiento, y si es regresivo es lo contrario, es involución.

O en otras palabras: ¿Por qué del caos se ha pasado al cosmos? ¿Por qué de la materia inerte había salido la vida?. ¿Por qué ésta, desde la primera célula viviente había llegado a un ser entre el angel y el demonio que se llama hombre, y de tal dignidad, aun en ese radical contraste, que el mismo Dios, es decir el Sumo Ser, no había desdeñado el llegar a revestir su carne mortal, conforme a la fe cristiana?

En cuanto al tránsito de la materia inerte a la materia animada viviente, y no digamos al “soplo”, al espíritu, esquemáticamente se puede resumir así el pensar evolucionista: Lo que se ha descubierto en bacterias y virus se verifica también en ciertos organismos superiores y probablemente en toda vida existente en nuestro planeta. Los transmisores elementales de la vida son dos clases de macromoléculas: los ácidos nucleicos (ADN y ARN) compuestos en forma de cadenas y situados en el núcleo de la célula. Ellas constituyen las centrales de dirección; contienen ordenado y de forma cifrada (de acuerdo con un “código genético” que sólo consta de cuatro letras) el plan completo de la estructura y funciones de cualquier ser viviente, y lo transmiten de una célula a otra y de una generación a la siguiente. Y las proteínas (estructuras complejas compuestas de amino ácidos) reciben esa información y realizan en la célula viva las funciones que les transmite dicha dirección de estructura y funciones. Así se piensa hoy —un hoy siempre en peligro de ser ayer— que funciona y se propaga la vida.

29) *El origen “accidental” de la vida.*

Y en cuanto al cómo se inició esa “vida” primigenia, se dice que en un momento determinado, hace miles de millones de años, debieron juntarse por vez primera dos moléculas (a ese encuentro se ha llamado sencillamente “un accidente”) y desencadenar algo así como la ignición inicial de la vida y de la evolución biológica; por eso es posible que toda

vida provenga de una sólo raíz, pese a que hoy es tan indescritiblemente múltiple y compleja. Pero cualquiera que sea la explicación concreta de ese paso de la materia inerte a la vida, el tránsito se basa en la “autoorganización” de la materia, de la materia molecular que acabamos de describir, y únicamente de ella, de la materia.

Y para confirmar esa hipótesis de un “accidente” multimillonario en años, alegan un famoso experimento para probar la vida que recuerda las maquinaciones de los alquimistas para fabricar el oro, y en general la transmutación de los metales. Fue realizado por S. L. Miller y H. C. Urey, a base de la simulación de las primitivas condiciones de formación de la vida en la tierra; fue una experiencia mediante la cual se consiguieron amino ácidos de hidróxido que se dan normalmente en la vida actual. Hay, sin embargo, que reconocer que mediante ella, realizada repetidamente por otros procedimientos similares, no se ha dado origen a ningún signo real de vida verdadera.

30) *“La selección natural” y la supervivencia de los más fuertes.*

Pero aceptado ese materialismo inmanentista surge la cuestión de fondo: ¿a qué se debe que la evolución ascienda, es decir que sea perfecta?. Este es el gran descubrimiento evolucionista, que se describe así: si bien es preciso guardarse de aplicar demasiado esquemáticamente puntos de vista termodinámicos a los sistemas biológicos, cabe afirmar que ya en el plano de la molécula rige el principio que Darwin constató inicialmente en los reinos vegetal y animal: el principio de la “selección natural y de la supervivencia de los más fuertes”. Según esa forma de pensar o de creer, los más recientes descubrimientos biológicos no permiten concluir que en este punto fuera necesaria una intervención especial de un Dios creador; desde los presupuestos materiales, la aparición de la vida representa un acontecimiento necesario. El paso de lo inorgánico a lo animado se produce sin cisuras, o casi sin cisuras.

CAPITULO IV

DARWIN

Y así hemos llegado a Darwin; él es el hombre en la clave del misterio de que la evolución sea un devenir predeterminado y “naturalmente” perfectivo. Esa clave se llama la “selección natural”, y esta expresión que ya, “ab initio” es una “contraditio in terminis”, por cuanto supone una naturaleza “natural” capaz de enjuiciar, ha amueblado las mejores cabezas pensantes del siglo XIX: Los Marx, los Freud, Los Nietzsche (de este último, que es el más genial, su superhombre es un producto de esta fórmula), y sigue impregnando, en una gran mayoría, el pensar y el sentir del hombre culto actual, que es evolucionista, como el personaje de la comedia de Molière que hablaba en prosa sin saberlo.

Darwin es una figura señera en este tema, que merece, personalmente, el máximo respeto. Su vida es una vida ordenada y bien “temperada” pero nada vulgar; no lo fue su famoso viaje en el “Beagle”, un barco de la Armada inglesa que iba a hacer una travesía geográfica y cartográfica a los mares de América del Sur. Fue un acontecimiento, en cierto modo casual, que cambió radicalmente el curso de la vida de Darwin, y de otras muchas vidas.

a) El agnosticismo de Darwin.

El estaba preconizado para ser un clérigo de la iglesia anglicana; su formación cultural, aunque aficionado a la biología, era básicamente escriturística, y con ella y específicamente respecto a nuestro tema, se había embarcado creacionista y volvió a Inglaterra no sé si ya agnóstico, pero sí con la semilla del agnosticismo dentro. El era un hombre honrado que buscaba la verdad y que creyó honradamente haberla encontrado en sus descubrimientos en este viaje. El problema de su agnosticismo final es confuso y no es delicado tocarlo. Lo que es indudable es que dió el más fuerte argumento conocido al agnosticismo de su tiempo, y aun del nuestro.

b) Sus descubrimientos en las islas de los Galápagos.

Sus dos más importantes descubrimientos en dicho viaje fueron, el primero el de los fósiles —el registro fósil está fuertemente ligado al evo-

lucionismo— de unos grandes, desdentados disaposidos (una especie de mamíferos con escamas); y el segundo tuvo lugar en el archipiélago de Galápagos; allí había siete especies diferentes de tortugas gigantes que en cada isla respondían a características distintas, pero lo suficientemente parecidas como para suponer que tenían un origen común, y que habían llegado a sus diferenciaciones específicas por aislamiento y por adaptación al medio.

c) *“El origen de las especies”*.

De estas observaciones arrancaron sus dudas sobre el creacionismo y las primeras intuiciones sobre la selección natural, que va a producirse simultáneamente con el estudio que hace Wallace —otro gran científico—. Los dos se ponen de acuerdo (cosa muy británica y muy de verdaderos hombres de ciencia) para simultanear la divulgación de su hallazgo. Pero la figura que ha quedado predominante en este gran tema es la de Darwin. El libro *“El origen de las especies”*, es el libro clave del pensamiento darwinista, aunque el nombre quizá sea equívoco porque de lo que se trata en el fondo, más que del origen de las especies en general, es del llegar al origen de esa única y distinta especie que es el hombre. Esto es lo que le atrajo tanto el éxito como el escándalo de las gentes, conforme al respectivo talante.

d) *“La selección natural” — Darwin-Newton*.

La evolución siempre había sido —como tanto se ha repetido— “progresista”, pero no había encontrado su equivalente “ley de gravitación universal”, como Newton, que daba la “razón” del movimiento relativamente circular pero no rectilíneo de los astros. El evolucionismo, por el contrario, no daba la correspondiente razón de la progresividad perfecta. La “selección natural” va a tener esta misión de explicar “científicamente” el proceso genético por virtud del cual la evolución es gradualmente perfecta hasta llegar al hombre mismo. La diferencia con la ley de la gravitación universal es que ésta es básicamente válida —aún después de Einstein— y la de Darwin, como vamos a ver, no lo es ni puede serlo. Pero curiosamente, esa ley de la “selección natural”, ha tenido y tiene en el mundo de la cultura en general, más significación comparativamente que la ley de gravitación, por cuanto afecta a la “humanidad” del hombre, mientras que la ley de Newton hace referencia a

un problema puramente físico-astronómico, ajeno a la condición humana, desde el derrocamiento del heliocentrismo.

e) *Un germen, núcleo o tronco común.*

Darwin cree —como creyó siempre el evolucionismo materialista— que todas las especies que integran la vida, han nacido de un germen, núcleo o tronco único y común, que luego se ha ido transformando como ha quedado explicado, por espontánea, intrínseca y puramente natural conjunción de los átomos orgánicos, de los que nacen “casualmente” las células “vivas” en las diversas formas de vida. Pero en esta concepción puramente materialista y fisicalista, que ya sería difícilmente admisible “racionalmente”, hay un fallo esencial, y es el de por qué este proceso se ha considerado sin más como algo no solamente ineluctable, sino progresivo y perfectivo, desde las amebas hasta llegar a esas maravillosas y bellísimas formas que puede alcanzar la vida zoológica, y no digamos la del ser humano —hombre y mujer— que, con todos sus defectos y carencias, es algo divino.

f) *La selección natural, clave de la evolución perfecta.*

Pues bien, la enorme importancia del descubrimiento de Darwin es la de dar al evolucionismo la supuesta clave de ese fenómeno de una manera “científicamente” inexplicada hasta entonces. Darwin sabía y sentía, como biólogo y por su conocimiento de la obra de Malthus, que se generaban muchos más seres de los que la naturaleza podía mantener “naturalmente”. Esta sobreproducción —humanamente sobrepoblación— es la que la “naturaleza natural” limitaba y frenaba a través de fenómenos naturales como el frío y el calor, inundaciones y sequías, epidemias, hambre, etc. etc.; y la naturaleza humana mediante acciones también connaturales a esa condición humana, como las guerras y las demás formas de violencia y de acción destructiva y autodestructiva de los seres humanos.

g) *La lucha por la vida.*

Esta constatación del hecho que genéricamente se llamó la “lucha por la vida”, es algo como el descubrimiento del Mediterráneo, porque

hacía miles y miles de años que el hombre sabía que la tierra estaba “maldita” y el pan se comía con fatiga y con sudor, una maldición que engloba a todo el género humano y a la misma naturaleza.

El descubrimiento de Darwin consistió en pensar que en esa lucha por la vida no solamente se producía una eliminación de la sobreproducción genética de toda forma de vida, sino una “selección” de los mejores, porque la selección es eso, la elección del mejor. Pero la selección es un juicio y éste es el uso de la facultad de juzgar, de hacer justicia entre el bien y el mal, lo mejor y lo peor. Cuando se dice —como dice Darwin— que la naturaleza selecciona, lo que hace es dar a la naturaleza la facultad de juzgar, que es una facultad esencialmente divina, y “quasi” divina en el hombre. Esta operación es la que “descubrió” Darwin que hacía la naturaleza y en virtud de una eliminación, que es lo único que puede hacer la naturaleza, convertida por el genio errático de Darwin es selectiva, sin necesidad de intervención de una fuerza ajena sobrenatural, superior a ella, con dominio sobre ella y, en definitiva, de un Dios creador, había podido organizarse en forma gradual —como si la gradualidad “per se” pudiera ser creativa— la vida en la tierra, desde sus formas más elementales, más “materiales” y más próximas a la pura energía físicoquímica y, si se quiere, la casi nada —eso son las “partículas” atómicas— hasta el ser humano.

h) La selección natural y la selección hecha por el hombre.

Para Darwin y los evolucionistas el ejemplo más significativo de este proceso selectivo natural, lo constituyen y constituyen las operaciones selectivas hechas por el hombre tanto en las plantas, es decir en la vida vegetativa, como en los animales, la vida zoológica. Pero este ejemplo es precisamente el más negativo para el evolucionismo. En primer lugar, la selección botánica o zoológica que hace el hombre, nunca llega a transmutar las especies, se limita a seleccionar siempre dentro de ellas y como una variedad, no una novedad transformista. En segundo lugar, no es una selección absoluta, que es lo que permitiría la gradación hasta el hombre, sino una selección relativa del mejor “para” una determinada finalidad. El mejor caballo de carreras es el peor caballo de tiro; el mejor galgo, el peor guardador de ganado. La ausencia de este “para” en el inconfesado e inconfesable finalismo evolucionista, constituye su gran fallo, el gran fraude de un hombre tan honrado como Darwin. Pero aun sin ese “para”, tampoco es cierto sin más que en esa lucha por la vida sobrevivan los más fuertes. Por ejemplo los corderos y las cabras, es-

pecies animales absolutamente indefensas, sobreviven por su utilidad, no obstante su debilidad, su impotencia, su absoluta indefensión.

La naturaleza no puede hacer juicios de valor, que es lo que hace el hombre cuando selecciona. Las catástrofes o calamidades naturales de la pura naturaleza: el fuego, la sequía, el hambre, las pestes o cualesquiera otras; y las propias de la naturaleza humana, como por ejemplo las guerras, el terrorismo, los homicidios, no son en manera alguna selectivos sino que son puros hechos, puras acciones. Ni las combinaciones atómicas ni los compuestos celulares pueden producir por su propia, intrínseca acción un sólo ser vivo —no ha podido hasta ahora— ni, consecuentemente, seleccionar entre ellos, y si lo hiciera, lo uno y lo otro sería por una capacidad “creadora” que subrepticamente y contra “naturaleza”, el evolucionismo hubiera reconocido en ellas. El “accidente”, el “azar”, la “casualidad”, serían demiurgos, dioses o dioscecillos, no casualidad natural, por cuanto aparece en ellos una potencia finalista creadora que sólo puede ser “sobrenatural”. La capacidad creadora está en Dios, o en los hombres por su semejanza a Dios, aunque en un grado incomparable con el divino; pero antes que ellos no puede estar en ningún ser viviente inferior a ellos, y mucho menos en las “cosas”, en la materia inerte, salvo que se llegue, como se ha llegado en algunas formas de pensamiento sobre el tema, a la ambivalencia materia-espíritu.

i) *El registro fósil.*

La prueba del registro fósil es otro de los argumentos empleados por el evolucionismo, pero también en este caso se convierte en un contrargumento, porque si fuera verdad esa gradualidad evolutiva, aunque lentísima —la lentitud, que es tiempo, tampoco puede ser “per se” creadora— de unas especies a otras, de cero o casi cero —porque ¿qué es la nada?— a infinito, el ya de por sí oscuro e incierto registro fósil habría exployado por toda la tierra una variedad, una diversidad incontable de los seres intermedios, de los eslabones sucesivos en la cadena del transformismo, de unas especies a otras. En rigor no habría especies propiamente dichas sino “especies in via”. Pero nada de eso es como se pretende, por lo que al registro fósil no se le puede inscribir como argumento en el evolucionismo, siendo las muestras que se presentan como tales testimonios, ya irrelevantes ya equívocas.

j) *El eslabón perdido.*

En cuanto al famoso “eslabón perdido” —uno de tantos— entre los primates y el hombre, tantas veces hallado como desechado, es hoy por hoy algo de lo que no se puede hablar con rigor, con fundamento. Decir que la verticalidad potencia el desarrollo del cerebro, y que la oponibilidad del dedo índice en la estructura de la mano —entre otras particularidades meramente mecánicas— han hecho al hombre a partir del mono, se diría que es una falacia, al ignorar otras particularidades insondables entre la especie animal y la humana, si no hubiera que reconocer la indudable buena fe de los antropólogos, a los que no mueve el sectarismo. Aquí vuelve a aparecer el contrabando teológico y finalista que el evolucionismo, más consciente o inconscientemente, está haciendo siempre para salvar este salto maravilloso del “vacuum” —no de la gradualidad— que separa el hombre del animal.

k) *Los pseudo-evolucionismos.*

El evolucionismo ha evolucionado, tenía que hacerlo conforme a su propia ley. De él ha nacido un neoevolucionismo y el admirable, profundo y “telúrico” evolucionismo cristológico de Teilhard de Chardin. Pero el problema no es de palabras, es de fondo. Un evolucionismo finalista concebido como un proceso material y ciego, que viene a converger “casualmente” en el hombre; o un evolucionismo originariamente “materialista y naturalista”, en el que “más tarde” interviene Dios para infundir un alma a un homínido “in via” humana, no es más —este último— que un creacionismo “sui generis”, con falso nombre que se puede llamar creacionismo ambiguo. Para que haya finalismo tiene que haber no sólo una causa eficiente sino una causa final, causa que tiene que tener un “causante” que no puede ser el azar y la casualidad porque eso es jugar a un juego arbitrario, un juego al que se puede aplicar lo que dijo Einstein: “Dios no juega a los dados”. Bohr le replicó: “No diga Vd. a Dios lo que tiene que hacer”. Y esa inserción de un alma tras un período de evolución “natural”, no es más que un intento de compaginar evolucionismo y creacionismo en una simbiosis en que no se funden sino que se confunden ambas cosas. Las “mutaciones” que descubrió el monje agustino Mendel, contemporáneo de Darwin, en una laboriosísima investigación cuyos interesantes resultados fueron ignorados por todos —incluido Darwin— durante mucho tiempo, no apoyan los ejes arbitrarios del evolucionismo ciego finalista.

1) *El tiempo como “Deus ex machina” de la evolución.*

Otro elemento clave determinante del evolucionismo, es el factor tiempo. Todas las cosas para los evolucionistas, incluyendo en las cosas a todos los seres y dentro de ellos los seres humanos, han nacido, mejor han surgido, de un huevo, núcleo o tronco común, como se ha dicho; y la enorme diversificación de las especies, tan sorprendente, tan inconcebible, que se ha producido en la tierra, ha sido posible gracias no ya al tiempo —por eso de que hay que dar tiempo al tiempo— sino a la lentitud, a la morosidad incalculable del mismo, de miles y miles de millones de años. Todas las cosas no son ni lo que han sido ni lo que son, sino un “estar siendo”, porque todas llevan en su seno esa virtualidad materialista inmanente de multiplicación y de transmutación que sólo requiere, evolutivamente, tiempo. Pues bien, volviendo al hombre, éste “evolutivamente”, ha salido —dicen— de los primates, a través de los homínidos, que son unos primates no arborícolas que inician la posición bípeda; de la posición bípeda pasan a la posición erecta; de ésta a su vez ha nacido el “homo habilis”; haciendo surgir al “homo huomo”, y llegando así a la plenitud del hombre consciente, que es un “animal” perfectísimo del que Nietzsche sacará el superhombre. El tiempo de esta evolución lo retrasa el evolucionismo siempre más y más en la historia de la humanización, al paso que extiende el perfeccionismo potencial a límites insospechados e insospechables en la necedad del “superhombrismo”, que ha recogido la ciencia ficción y el mercantilismo cinematográfico.

Ahora bien, para que una cosa salga de otra, tiene que estar dentro de aquélla. Si hay algo que se llama la evidencia, ésta es una. Del mismo modo que se dice del Parlamento inglés que puede hacerlo todo menos de un hombre una mujer y de una mujer un hombre, se puede decir que el tiempo, instantáneo o lentísimo, lo puede hacer todo menos sacar algo de donde no lo hay. Si el hombre sale del primate, resulta que éste no es puramente mono, y el hombre procedente de él no es tampoco puramente hombre. He aquí un extraño parentesco, aunque no encaja en los conceptos de paternidad y filiación. En cierto modo, evolutivamente hablando, cada cosa es potencialmente todas las cosas, en ese fondo común del “huevo cósmico”, nacido en no se sabe qué matriz y fecundado por no se sabe quién. O quizás, como de los genes humanos, se puede decir que había en ese núcleo pequeño y densísimo que “luego” explotó, no solamente materia sino también vida, y sobre todo un código genético en el que estaban escritas todas las cosas y todos los seres. Esto es posible siempre que se admita que para que exista un código hace falta un codificador, ya que la autocodificación físico-química parece impensable.

CAPITULO V

OTROS ARGUMENTOS ANTIEVOLUCIONISTAS

Pero al creacionismo no le basta con desvirtuar la selección natural de Darwin, tiene también que enfrentarse con el “fixismo” del Génesis: acusación de fixismo que no está sólo en los evolucionistas sino en la mayor parte, y para muchos la mejor, de la teología católica y cristiana, y enfrentarse asimismo con la autogénesis.

a) *La autogénesis.*

Empecemos someramente por estos últimos. Desde el punto de vista que pudiéramos llamar científico, los creacionistas razonan así: pensar que el universo se ha creado por sí solo es irracional y nada científico; y si no pudo crearse solo, alguien tuvo que hacerlo de forma sobrenatural. Cualquier célula viviente de la tierra, sea una bacteria o una célula humana, es tremendamente compleja, maravillosamente coordinada en el tiempo y en el espacio, y muestra un propósito, un designio en todos los detalles de su estructura y funciones. El cuerpo humano tiene unos treinta trillones de células de más de doscientas variedades, doce billones de estas células están en el cerebro. En éste hay al menos ciento veinte trillones de conexiones. Los evolucionistas pretenden hacernos creer que este maravilloso e increíblemente complejo cuerpo humano, así como otros millones de igualmente complejos animales, plantas y microorganismos, se produjeron a través de millones de mutaciones debidas a la casualidad y el azar, o como también se ha dicho, por simple accidente.

Frente a esto nosotros, los hombres —dicen los creacionistas— no podemos generar ni siquiera una célula de bacteria mediante procesos de cambio en 5 ni en 500 billones de años. Incluso a nivel molecular es imposible la evolución. La mayoría de las proteínas están compuestas de varios cientos de amino ácidos, cada uno de los cuales está organizado en una secuencia precisa, y DNA y RNA resultan estar compuestos por miles de nucleótidos organizados en un orden preciso. Todo esto excluye, científicamente, el azar, la casualidad, el accidente.

b) El “fixismo” del Génesis.

En cuanto al fixismo del Génesis, hay que negarlo, y hay que negarlo absolutamente. El que se haya podido deducir de su lectura, con un fixismo preconcebido por el cientifismo y el síndrome de Galileo, es posible pero no es justo. En el primer relato de la creación se dan a este respecto del fixismo dos cosas totalmente categóricas: la primera es que el hombre se hace, se crea, a diferencia de las demás especies zoológicas, a imagen y semejanza de Dios, de un Dios que es Creador; luego la criatura semejante a El tiene que ser, toda proporción guardada, también creadora ¿y hay cosa menos fixista que la actividad creadora?

Y la segunda es que a la pareja humana hombre-mujer, se le entregó el dominio de todo lo creado, de forma que toda la creación les esté sometida; y aquí se puede hacer la misma pregunta: ¿se puede imaginar una actividad mayor y más grande que la de someter y dominar todo lo creado?. En esa actividad de sometimiento y dominación del universo está la humanidad desde los tiempos indatables de la creación, y en ella sigue y seguirá.

Y en el segundo relato Dios coloca al hombre en el jardín del Eden para que lo guardara y cultivara, lo que no supone mas que una confirmación de lo que se acaba de decir respecto del primer relato. Nada pues de “fixismo” del Génesis, porque nada más alejado de quietismo que la actividad “creadora” del hombre.

Pero nótese que esto que se ha dicho es antes del “pecado original”, que en su originario estado de inocencia conocieron Adán y Eva. Después, frente a una tierra ya maldita de cardos y espinas, a la que cayó esa pareja y en la que sigue estando y estará la humanidad hasta el fin de los tiempos, la necesidad del activismo del hombre está fuera de cuestión.

c) La “magnitud estática”.

En este mismo sentido y con mayor significación, se ha hablado también del acto de creación como de una “magnitud estática”; es decir, que Dios crea el mundo y después de creado lo deja ahí. Parece imposible que se hayan dicho y se digan estas cosas por pensadores católicos, pero alguno llega a asentar, reafirmando este concepto fixista y estático de la creación, que es con el evolucionismo con lo que el mundo y sus seres se ponen en movimiento, rompiéndose con el mismo el “fixismo” y la “magnitud estática”.

Pero hay más frente a esos tercos e infundados prejuicios, contra la figura de ese Creador que, por decirlo así, después del séptimo día se lava las manos y abandona su propia obra, quedando en un descanso eterno. Hay la ofrenda agradable a Dios de Abel, el hijo de la pareja expulsada del paraíso, y la protección de Caín, no obstante su fraticidio; y los Patriarcas, y el diluvio, y Noé, y Abraham, Isaac y Jacob, y Moisés y el Sinaí, y la ocupación violenta de la tierra prometida, y David y Salomón y los Profetas, y la plenitud de los tiempos, cuando se dice que “Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único”. ¿Dónde queda —sin evolucionismo que valga— esa magnitud estática y ese lavarse las manos del Creador?. Y, sin embargo, en un teólogo católico se puede leer sobre este punto lo siguiente: “En el relato bíblico todo aparece desde el primer momento como acabado y completo”.

CAPITULO VI

“EL AMBIENTE” DEL EXITO DE DARWIN

En cuanto al enorme éxito cultural de la “contradictio in terminis” que es la ley de selección natural de Darwin, que ha ganado a tantas mentes cultas, no ya agnósticas —ganadas todas— sino también cristianas, se debe a unas determinadas circunstancias históricas que conviene, para un mejor entendimiento del fenómeno Darwin, señalar.

a) *El mundo ptolomeico y sus primeros detractores.*

Ptolomeo, como gran sistematizador de las profundas concepciones astrológicas de las civilizaciones orientales y egipcia, oscuramente fundadas en la unidad de todas las cosas —incluido el hombre— en la unicidad del ser, concibió una cosmología centrada en la tierra, es decir geocéntrica, en cuyo entorno giraban, el sol, la luna, los planetas y en realidad todo el universo. Esta Cosmología duró, intocada e intocable, como tuvo que aprender Galileo al chocar con la Iglesia —el geocentrismo significaba un antropocentrismo y éste, en realidad, un teocentrismo— hasta la mitad, más o menos, del siglo XVI. La revolución coper-

nicana, más Kepler —muy influído por Tycho Brahe— más Galileo, un poco posterior, deroga por así decirlo el imperio teológico-astrológico sobre la cosmología —así se pensaba— bíblica, y abre de par en par las puertas de una nueva ciencia enteramente considerada “científica”, que ahora, con los satélites tripulados y sin tripular, los telescopios gigantes y las radio-sondas, está adquiriendo un desarrollo, nunca mejor dicho, astronómico. Viene de una ciencia misteriosa, la antigua Astrología, porque Ptolomeo, Copérnico, Kepler, Tycho Brahe y el mismo Newton, son de alguna manera y de algún modo, astrólogos-alquimistas.

b) *La Astrología y Newton.*

Sobre la Astrología, esa sospecha —que no llega a intuición— contemplando una noche estrellada, de una relación —más bien comunicación— entre los astros y los hombres, tiene siempre alguna forma de vigencia. La estrella que guía a los magos de Oriente al establo de Belén, expresiones como “tener buena o mala estrella”, o como “ver las estrellas”, o palabras como “considerar”, que viene de “sidere” (las estrellas) dan que pensar. Y ahora, con esos descubrimientos que facilitan las nuevas tecnologías, se puede decir que la Astronomía vuelve a ser misteriosa. Hay astrónomos y astronautas ateos, pero también los hay ganados a la fe en Dios, en virtud de esa contemplación que se pudiera decir extraterrestre. Un texto de von Brawn, el alemán que inicia la cohetería, colonizado por los americanos vencedores de la guerra, lo confiesa así, y con él muchos astronautas.

De todo el movimiento copernicano, Newton que era deísta, es decir creacionista, merece una breve mención especial porque ha sido uno de los más grandes genios de lo que pudiéramos llamar la “razón científica”. Era un hebreo cristiano superdotado y con una capacidad de trabajo asombrosa. Cristiano pero que conservaba el judaísmo, la fe en el Dios único, por lo que, no obstante su fideísmo, rechazaba el misterio de la divinidad trinitaria. Cómo armonizaba esta duda antitrinitaria con la Segunda Persona de la Trinidad, es lo que no sabemos. Su Ley de atracción no era tan universal como él creía, y así, cuando ésta se quiso aplicar —descubierta la estructura del átomo— a la relación entre el núcleo y los electrones y partículas, resultó que no regía, que era otra cosa. Pero con todo, aun después de Einstein y la física cuántica, la ley de gravitación universal, con otras modulaciones, sigue vigente. A él lo que sabemos que le interesaba más profundamente era la alquimia, de cuyas emanaciones, probablemente, murió.

c) *Galileo y la Iglesia católica.*

La Iglesia no llevaba razón al condenar a Galileo, no porque erraba, sino porque aun acertando la Iglesia hubiera errado, en cuanto que no ha recibido autoridad alguna de su Fundador respecto a la ley y leyes que rigen el mundo sideral. Pero sí hay que reconocer que tuvo el instinto de darse cuenta de la gravedad que tenía, humanamente hablando, pasar del geocentrismo al heliocentrismo. El impacto evolucionista puede compararse a la revolución copernicana; si ésta condena el geocentrismo, con Darwin parece acabar el antropocentrismo.

El planeta Tierra se ha convertido en un astro secundario de un sol suburbial, situado en el extrarradio de una galaxia irrelevante. El-sol y Dios habían sido durante siglos, en todas las cosmologías, incluida paralogista o parabólicamente la cristiana, casi lo mismo. Pero si resultaba que el sol no era “nadie”, la presencia de Dios quedaba disminuída y empobrecida hasta casi desaparecer, y el hombre en cierto modo volvía a estar solo, lo que, como se sabe, no es bueno.

CAPITULO VII

“EL AMBIENTE” DEL MATERIALISMO

a) *El materialismo “materialista”.*

El triunfo del materialismo, siempre latente en la humanidad, toma un auge mayor que nunca, Feuerbach, Darwin, Freud, Marx, Engels y Nietzche, como ya hemos dicho, imponen la hegemonía del materialismo casi hasta nuestros días. Dos citas, una de Marx y otra de Engels, son suficientemente demostrativas. Así se expresa Marx en un célebre texto: “Un ser no es subsistente más que si debe su existencia únicamente a sí mismo. Un hombre que no vive sino por la merced de otro, debe considerarse como un ser dependiente. Pero yo vivo totalmente por la merced (de otro) si no sólo le debo la continuidad de mi vida, sino (y sobre todo) si él ha creado mi vida; si él es la fuente de mi vida, si mi vida tiene necesariamente tal fundamento fuera de sí misma, si no es mi propia creación. Así pues, para ser consistente y autónomo, el

hombre no puede deber a nadie su existencia; tiene que hacerse a sí mismo. ¿Cómo? Con el trabajo; he aquí la mediación esencial entre la naturaleza y el hombre; aquélla deviene cada vez más el resultado de la actividad de éste; a su vez, el propio hombre es el resultado y el proceso de su producción". Es una deificación del trabajo como "creador".

Y Engels: "La vieja teología se ha ido al diablo; ahora está firmemente establecida la certidumbre de que la materia se mueve en su ciclo eterno... No hay nada eterno, de no ser la materia en eterno movimiento y transformación y las leyes según las cuales se mueve y se transforma". Parece mentira que dos hombres tan inteligentes puedan decir tales simplezas.

b) La expansión del cosmos y el achicamiento de Dios.

En este mismo orden de cosas es curioso pensar que la inmensidad galáctica de la nueva cosmología no ha engrandecido la idea de Dios, sino al contrario, la ha empequeñecido, haciendo la fe del hombre moderno más dudosa. La humanización de Dios en un Cristo encarnado era algo cercano al hombre, tan terrenal, puesto que el planeta Tierra, por pequeño que sea, es su morada. Pero ¿cómo hace entrar en esta teología, digamos del sol y la luna, la inmensidad del cosmos? Con su "big-bang" y su expansión ilimitada conforme al llamado "efecto Doppler" —la relación entre el espectro de los colores y la distancia de la tierra— así como el ruido de fondo que perciben las radiosondas como residuo, dicen, todavía de la gran explosión; el Cristo Jesús, nacido de una virgen en la aldea de Belén, oriundo de Nazaret, muerto en la cruz en Jerusalén ¿dónde queda?.

En este espacio tan infinito donde las galaxias, con ser millones, no son casi nada porque resulta que el espacio cósmico está prácticamente vacío ¿cómo encontrar una relación con el Dios hecho hombre de los cristianos, en un espacio y en un tiempo terrenales o solares, ambos comparativamente infinitamente pequeños?. Brevísimamente una indicación sobre un tema teológico tan complejo, tan profundo, tan inmenso. No sabemos lo que es Dios —humanamente incognoscible— pero sabemos, desde luego, que no es "cantidad". S. Pablo, en la primera carta a los corintios les dice, para todos los humanos, que aunque ellos hablaran todas las lenguas de los hombres y los angeles, y penetraran todo secreto y saber, y tuvieran la fe que mueve las montañas, y dieran todo lo que tienen a los pobres, y se dejaran quemar vivos por su fe, si no tuvieran caridad, amor, no serían nada ni de nada les servirían sus acciones.

c) *“Toda ciencia trascendiendo”*.

Pues bien, si un Dios omnipotente creara todos los espacios y todas las galaxias imaginables e inimaginables, y tuviera toda la oniscencia sin sombra alguna en ella y en todos sus saberes, o hiciera cualquier otra operación por maravillosa que fuera, si no tuviera caridad, es decir si no fuera amor —que es lo que es— tampoco sería nada. La cantidad y Dios no tienen nada que ver entre sí; por eso eligió Dios para su Alianza al pueblo judío, que era el más pequeño y anónimo de la tierra; y por eso la Virgen, después de la Anunciación, podía pronunciar estas palabras: “Proclama mi alma la grandeza del Señor / porque se ha fijado en su humilde esclava”. El misterio de Dios está ahí, entre nosotros, sobrecedor y profundamente misterioso, y lo único que podemos decir es que sí que está, pero que está “toda ciencia trascendiendo”.

CAPITULO VIII

NOTAS FINALES SOBRE EL CREACIONISMO

a) *Los límites infranqueables del creacionismo.*

¿Llegamos así, ineluctiblemente al creacionismo?. No, en manera alguna. El creacionismo presupone la existencia de un Dios creador. No que no haya “pruebas” de la existencia de ese Dios, sino que estas pruebas no pueden ser “apodícticas”. Apodíctico es la demostración convincente que no admite contradicción. Y aun suponiendo que las demostraciones apodícticas sean de este mundo, la realidad es que la existencia de Dios ha sido, es y será siempre algo sujeto a contradicción, más o menos radicalmente, creando antagonismos prácticamente insuperables. Esto es así, pero aun admitiendo contra S. Pablo y la teología cristiana, esa indemostrabilidad de Dios, lo que es verdad todavía en mayor grado es que tampoco se puede demostrar su no existencia. Es una triste paz entre “teísmo” y “antiteísmo”, pero es una forma de paz, mejor que la larga, estúpida guerra entre religiosidad e irreligiosidad, que solo pueden y deben mantener una profunda dialéctica, no sangrienta.

b) *Un gran misterio.*

El origen del universo, lo que se conoce de él y lo que no se conoce —que es inmensamente más—; el origen de lo que se llama materia y de lo que se llama vida, ésta en sus incontables especies, incluida la especie humana, es un gran misterio. Esas ambivalencias entre materia y energía y entre tiempo y espacio, y entre materia inerte y materia viva, en las que ahora está desembocando la ciencia, son interesantísimas y técnicamente utilísimas, en cuanto se refiere al dominio de la naturaleza universo y del hombre. Pero el decir que dos cosas son ambivalentes, equivalentes e intercambiables entre sí, no aclara las cosas sino antes al contrario; y menos todavía se aclaran si se dice que en realidad todas las cosas son una, porque el enigma de saber qué es esa cosa que son dos cosas, y aún más el saber qué es esa cosa única que es el todo, resulta infinitamente más enigmático. El “huevo cósmico” es todavía más enigmático que un Dios creador.

Pero la intención y el propósito de este trabajo no es descifrar ese enigma, facultad de descifrar enigmas que es la que tenía al parecer Salomón, pero no este aspirante al ingreso en la Academia. Se trata sencillamente —aunque siempre oscuramente— de acercarse y salir al encuentro del problema de si la especie humana es un grado más perfecta dentro de la escala zoológica, o una especie especial y distinta fuera de ella. El que sea uno u otro origen es, humanamente hablando, la cuestión de las cuestiones y toda la cuestión. O la filiación divina trascendente a la naturaleza o la autogeneración física inmanente a la naturaleza.

c) *Dos planos: 1º el avance arrollador de la secularización.*

Vamos a desplazar el tema a dos planos completamente distintos. El primero es algo que está en la conciencia de todos. La verdad es que hoy día, el pensamiento deísta que ha dominado por siglos y siglos el mejor sentir y saber humanos, ha dado paso desde la segunda mitad del siglo XIX —por datar aproximadamente lo que es indatable— a la idea, la creencia, la convicción, de que un hombre, no ya de ciencia sino un hombre culto, no puede ser deísta ni aceptar, más concretamente, la idea de un dios creador de todo lo visible y lo invisible, así como que esa actitud y disposición ha tomado un arraigo y una difusión mayor seguramente que en toda la historia de la humanidad. Está se dice tanto de las ciencias como de las artes, como de los usos y costumbres en general. La realidad es que esas actividades otrora religiosas, han dejado en

buena parte de serlo, por el pensar materialista evolucionista imperante.

En efecto, a partir de una fecha, o más bien de un período difícil —como se ha dicho— de datar, el mundo de la cultura y de las artes —que es el mismo— se ha secularizado, prácticamente, en gran medida. La cultura se ha hecho profana y la religión ha quedado como algo sencillamente marginal. Es más, en los usos y costumbres el hablar de Dios, el nombrarle, ha quedado casi proscrito (la Constitución española vigente no lo menciona). Lo que se llaman las nuevas ciencias en Física, en Química, en Biología y en otras ramas del saber afines a ellas, se ha llegado, en general, con las excepciones que confirman la regla y que vamos a destacar, a la idea de que esas nuevas ciencias son enteramente incompatibles con cualquier forma de religiosidad que no sea la evolutiva, la nueva “religión”.

d) *Pero el segundo...*

Y sin embargo, aparte de recordar que los grandes astrónomos en torno al Renacimiento: Copérnico, Kepler, Tycho Brahe, Galileo, Newton, fueron creyentes con inclinaciones astrológicas (la Astrología es una ciencia misteriosa) como lo fue Ptolomeo; y que Newton, creyente judeo cristiano, el prototipo del hombre de ciencia, fue como se ha dicho alquimista, indagador de la piedra filosofal y la panacea universal, la verdad es que en el presente siglo secularizado, muchos de los mejores investigadores de la Física, la “superciencia”, no solamente no son ateos —como tanta gente culta y semiculta de hoy— sino que se confiesan creyentes, cosa que los tiempos han traído en desuso incluso entre los que creen.

e) *Einstein.*

Por ejemplo: “He aquí que él me ha precedido de nuevo por poco, al dejar este extraño mundo. Para nosotros, los físicos creyentes, esta separación entre pasado, presente y futuro, no significa más que el valor de una ilusión, aunque sea tan tenaz”. Esto lo dice Einstein en una carta de pésame. Y también de Einstein, que había ya confesado en otras ocasiones que se contaba entre los hombres profundamente religiosos, son estas palabras: “¿Qué sentido tiene nuestra vida y cuál es el de la vida de los vivientes en general?. Poder dar una respuesta a esta pregunta significa ser religioso. Tú preguntas si tiene algún sentido tu propia vida y

la de tus hermanos, pero el que no se hace esta pregunta no sólo es desgraciado sino que apenas está capacitado para vivir”.

f) *Heisenberg.*

Y de Heisenberg, que formuló el principio de indeterminación, uno de los grandes principios de la física cuántica, son también estas palabras: “...Un tipo de lenguaje que posibilita la comprensión de la coherencia del mundo que puede percibirse tras los fenómenos y sin la cual nos resultaría imposible establecer una ética y una escala de valores; un lenguaje más afin con la creación literaria y con las ciencias naturales. Las palabras tienen significado diferente en los dos lenguajes. El cielo de que habla la Biblia tiene poco que ver con el cielo a que se lanzan aviones y cohetes. En el universo astronómico la tierra no es más que una insignificante partícula de polvo situada en uno de los innumerables sistemas de galaxias, mientras que para nosotros es el centro del mundo, realmente el centro del universo”. Y estas otras: “Por fin hemos intentado entender el mundo representándolo en estructuras de orden mediante formas matemáticas; pero si queremos hablar sobre él tenemos que contentarnos con imágenes y palabras, casi como en el lenguaje religioso”.

g) *El hombre como libertad: crecimiento, desarrollo, despliegue.*

El hombre no sale, no emerge —contra la corriente emergentista— de otra especie, pero dentro de la suya propia, volviendo al inicio de estas palabras, es perfectible, porque tiene libertad como un don privativo y único. Puede degradarse absolutamente sin llegar nunca a ser bestia; puede elevarse, ensalzarse, en su condición y naturaleza humanas, sin llegar a ser ángel. Si a este movimiento tan humano entre esos dos extremos intocables, inexpugnables, se le llama evolución, este término equívoco es aceptable, porque estamos en un devenir que se sabe de dónde viene y a dónde va, pero si lo que se quiere es significar un transformismo materialista, no es de recibo.

h) *Palabras teológicas.*

Estas palabras esclarecedoras son de un destacado teólogo: “El hombre doliente, vacilante, desesperado, sólo encuentra un soporte definitivo en el sereno reconocimiento de su incapacidad de resolver el

enigma del dolor y del mal. En la renuncia tranquila a la pretensión de dictar sentencia sobre Dios y el mundo, como un censor neutral y supuestamente inocente. En el rechazo radical de una desconfianza basada en la suposición de que el buen Dios no es verdaderamente bueno para el hombre. El riesgo incierto pero liberador, de prestar pura y simplemente al Dios incomprensible una confianza absoluta y sin reservas en las dudas, el dolor y la culpa, en toda miseria interna y en todo sufrimiento externo; en toda angustia, preocupación, debilidad y tentación; en todo vacío, desconsuelo y rebelión. Sólo quien pese a todo es capaz de decir amen, así sea, así está bien, con los labios o en silencio, puede soportar el dolor, aunque no explicarlo". No son palabras para la zoología de ninguna clase.

i) *Palabras poéticas.*

Y para terminar definitivamente, volvemos de nuevo al principio. Creacionismo y evolucionismo concuerdan, aunque con distinto principio, en que el hombre viene de la materia, el polvo. Ni la Física ni la Metafísica nos han dado una verdadera y válida respuesta, y la teología ha estado sólo subyacente. Entonces vuelvo sobre mí mismo y encuentro una dimensión del alma humana que no había tocado, la poética. El soneto de Quevedo "Amor constante más allá de la muerte", dice en sus dos tercetos lo siguiente: "Alma a quien todo un Dios prisión ha sido / venas que humor a tanto fuego han dado / médulas que han gloriosamente ardido / su cuerpo dejarán, no su cuidado / serán ceniza, mas tendrán sentido / polvo serán, mas polvo enamorado". De esta clase de polvo he querido yo hablar esta noche.

DISCURSO DE RESPUESTA EN LA RECEPCION DEL ACADEMICO
DON ANTONIO GARRIGUES DIAZ-CAÑABATE, POR
D. JOSE MARIA DE AREILZA, CONDE DE MOTRICO

Cúmpleme manifestar la satisfacción con que esta Real Academia acoge hoy a D. Antonio Garrigues Díaz-Cañabate en uno de sus sillones. La trayectoria humana y profesional, de gran abogado y de hombre público de nuestro compañero, lo hace acreedor de esta designación. Nuestra Corporación se quiere nutrir de hombres dialogantes cuyo talante abierto sea capaz de enriquecer el tono y el contenido de las sesiones de trabajo de cada curso.

Antonio Garrigues es madrileño de nacimiento, pero su familia y linaje vienen de las riberas mediterráneas. Su apellido es, según algunos, provenzal de origen. Y él mismo ha confesado en más de una ocasión su apego profundo al ambiente del Mar de la cultura. Estudió abogacía en el viejo Caserón de San Bernardo y empezó a trabajar seguidamente en el bufete que su hermano Joaquín —que iba a ser maestro eminente del Derecho Mercantil, de reputación europea— tenía abierto en nuestra capital. Eran los años finales de la Dictadura, con agitaciones estudiantiles y politización vertiginosa de la sociedad intelectual. Trabajó amistad con figuras destacadas de aquella época y entre ellas Xavier Zubiri, Ignacio Sánchez Mejías, García Lorca, José Bergamín y, en general, la intelectualidad de la Generación del 27. Al advenir la República, Fernando de los Ríos, Ministro de Justicia, le ofreció la Dirección General de Registros y Notariado, cargo que ejerció durante la vigencia del llamado go-

bierno provisional de la República presidido por don Niceto Alcalá Zamora hasta la promulgación de la Constitución.

Su interés por la cultura nace muy temprano, no siendo, por ello, nunca un simple jurista. Ha participado en muchas de las empresas intelectuales de nuestro tiempo. La revista "Cruz y Raya", hasta su politización; los encuentros —en cierto modo preconciiales— en la Casa profesa de la Compañía de Jesús; las conversaciones católicas de Gredos que, bajo la dirección del P. Querejazu y la colaboración del P. Ramón Ceñal, atrajeron prácticamente a toda la intelectualidad española entonces vigente; la Editorial Taurus, la presidencia del Patronato de la Universidad Pontificia de Salamanca, y tiene una corta pero intensa producción literaria.

Pero, aparte de estas actividades privadas, se acercaba la hora en que Antonio Garrigues daría la medida de su talento negociador en el complejo campo de la actividad diplomática.

En efecto, años más tarde asumió Antonio Garrigues la jefatura de dos misiones diplomáticas relevantes. Fue nombrado primeramente Embajador en los Estados Unidos, en 1962, y ejerció esa función con notable eficacia. Su matrimonio en 1931 con una dama americana, Helen Anne Walker, que le dio nueve hijos, le hizo conocer en profundidad la mentalidad de aquella nación, juntamente a su contacto profesional con la importante clientela norteamericana que disfrutaba su bufete de abogados en Madrid. Washington es quizá la capital en que el poder lo llena todo; en donde la política es el tema excluyente que ocupa el quehacer de los ciudadanos; en que funcionarios, diplomáticos, parlamentarios, periodistas, altos jefes del Pentágono, eclesiásticos de diversas creencias y "lobbistas", constituyen parte esencial de la espesa trama que sirve de tejido conjuntivo al gobierno de la primera potencia militar del mundo.

En ese difícil terreno llevó a cabo nuestro compañero, una sutil y efectiva labor en la que no sólo se hizo presente en los múltiples foros que aquella colmena ciudadana de intereses y tendencias contradictorios ofrece, sino que entró también de lleno en el análisis estructural y funcional de los llamados "Acuerdos ejecutivos hispano-americanos" de 1953, para estudiar la forma de modificarlos en su prórroga, con mayor ventaja para nuestros intereses nacionales al llegarse al plazo de diez años de su eventual término. Sobre esos Acuerdos y sus más espectaculares corolarios —las mal llamadas "bases americanas"— se ha levantado mucha literatura demagógica en nuestro país. Pero es evidente que los Acuerdos hicieron posible las entregas, por contrapartida, de miles de millones de dólares que en aquellos años de penuria y carencias consi-

derables de nuestra economía, hicieron viable el ansiado comienzo de nuestro desarrollo. Antonio Garrigues se lanzó a fondo al estudio del mecanismo de tales instrumentos internacionales sobre los que parecía ejercerse por nuestra parte, en esos años, un protectorado sostenido, de tipo castrense en orden a su interpretación. Logró Garrigues poner en claro aspectos poco conocidos de esa abusiva hermenéutica que, después de aflorar, hubo de ser rectificada en las posteriores negociaciones hispano-norteamericanas sobre dicho asunto.

Quiero también señalar la estrecha relación de amistad que estableció Garrigues con la familia Kennedy, lo cual le dio oportunidad de acceder al máximo punto de mira del poder político y militar de la gran República americana.

En 1963 pasó Antonio Garrigues a ocupar el puesto de Embajador en la Santa Sede. En contraste con la vida de la capital política asomada al río Potomac, aquí hubo de frecuentar en la milenaria urbe, al Estado Vaticano, cabeza y corazón de nuestra Iglesia católica. El papel que desempeñó durante sus años de estancia en Roma como huésped de la más antigua de las residencias diplomáticas de nuestro país, fue de gran importancia. Garrigues se movía dentro del marco del Concordato de 1953, que respondía claramente a un contexto que en Roma había sido desbordado por el Concilio Vaticano II y que en España estaba siendo contestado por una sociedad en trance de modificación sustancial de sus hábitos y de su talante. La doble y cambiante situación no escapó a la atención del Embajador que tuvo la ocasión de anudar estrechos lazos de amistad personal con la cúpula del gobierno de la Iglesia en aquellos años. A este respecto sus valoraciones críticas y sus retratos literarios de los Papas que conoció, contenidos en su volumen de Memorias, son unas páginas de perenne validez informativa e histórica.

Esta doble gestión exterior de Garrigues le confirió una imagen merecida de hombre abierto, prudente, eficaz y tolerante, que podía jugar en la inevitable transición democrática española que ya se anunciaba en el horizonte, un papel decisivo. Efectivamente, el primer gobierno de la Monarquía le contó entre sus miembros como Ministro de Justicia. Bajo su mandato ministerial llevó a cabo una serie de reformas y disposiciones legales que anunciaron el camino que habían de continuar después sus sucesores, para ajustar el derecho positivo vigente al nuevo rumbo emprendido por la Monarquía en dirección al Estado constitucional, parlamentario y democrático. La colaboración de Antonio Garrigues fue asimismo, valiosísima, en la negociación emprendida con la Santa Sede, con vistas a la abolición del Concordato de 1953 y de los seculares privilegios de la Corona y su parcial sustitución por Acuerdos

puntuales sobre diversos aspectos de la relación Iglesia-Estado. Recuerdo con agrado las conversaciones mantenidas por mí en el Ministerio de Exteriores, con el entonces Nuncio, Monseñor Dadaglio y los cardenales Enrique Tarancón y Marcelo González, en las que la presencia activa del Ministro de Justicia resultó decisiva para llevar a buen término, en un clima de armonía y concordia, el conjunto de los instrumentos jurídicos que pocos meses después firmaría mi sucesor en la cartera de Exteriores y querido amigo, Marcelino Oreja.

En la magistral pieza que hemos escuchado esta noche, nuestro Académico entrante, abordó en una lúcida síntesis lo que él llama “la aventura humana”, pero que en realidad podría denominarse una exposición minuciosa y actualizada de la polémica entre creacionismo y evolucionismo, querella dialéctica que sigue vigente, aunque en ocasiones cambie de nombre, para continuar ardiendo con pasión entre los partidarios de uno y otro campo. Hay que agradecer a nuestro compañero su coraje intelectual al enfrentarse con tan delicado, profundo y controvertido tema. Y abordar la cuestión como lo hace, analizando desde las posiciones teológicas o dogmáticas del creyente hasta las propuestas modernas del agnosticismo. Admiramos la recia desenvoltura del pensamiento de Garrigues y también su objetividad para presentar los argumentos respectivos desprovistos de la usual envolvente retórica y reducidos a una esquemática identidad de contenido. No es mi propósito añadir un sólo elemento de juicio al gran debate para terciar en la polémica con fruto. Séame tan sólo permitido hacer una anotación marginal sobre la cuestión.

Garrigues alude en su discurso a la evolución del pensamiento científico contemporáneo en los últimos cincuenta años. Y en verdad que como antiguo estudiante que fuí, de la física y de la termodinámica que se explicaba en las cátedras de las Escuelas de Ingeniería en los años veinte, me quedó siempre el regusto de asomarme como lector apasionado de esas ciencias, al inmenso y revolucionario camino que, desde la física newtoniana y la termodinámica del inevitable “apagón energético final” del mundo, que aprendimos, se ha recorrido hasta llegar en nuestros días a la física cuántica; a la electrónica negativa; a la tecnología nuclear; a la mecánica ondulatoria; a los diagramas de Feynmann); al tiempo que retrocede y fluye hacia atrás; a los agujeros negros del espacio; a la anti-materia; y a la ecuación que equipara a la masa con la energía. ¿Qué queda hoy en pie de la física clásica que nos fue enseñada hace medio siglo como dogma científico indiscutible?. Sus nociones básicas han sido pulverizadas por el avance de la ciencia experimental. Incluso el famoso segundo principio de la Termodinámica, sólo es apli-

cable hoy día a sistemas cerrados y no a conjuntos abiertos como por ejemplo, el biológico, en el que la actual tendencia dominante entre los expertos no es el de la evolución hacia el caos, el desorden y la extinción, sino hacia el orden, la organización diferenciada y el ascenso al rango superior. Y aún hay químicos eminentes como Ilya Prigogine, premio Noble, con cuya amistad me honro, que hace de ese movimiento ordenador que surge del caos, un eje de su teoría general aplicable también, a los sistemas físicos y —en su audacia extrapola— a determinados sistemas sociales.

¿Cuáles son las consecuencias de esta revolucionaria modificación de las coordenadas clásicas del espacio-tiempo; de la masa-energía y del concepto de materia, bases de la antigua filosofía mecanicista del universo? ¿Qué nos queda vigente de la “gran relojería” de los astros y galaxias del espacio que el genio de Newton propuso y definió?. Podría resumirlas con unas breves palabras más, pero prefiero hacerlo con unas cuantas citas, espigadas entre los más soberanos entendimientos de nuestra época que han llenado con sus nombres y sus obras, el campo de la ciencia física en el último medio siglo.

El gran astrónomo y físico británico Sir James Jeans escribe: “Hoy existe casi unanimidad entre los físicos en considerar que la corriente del conocimiento presente nos lleva a una realidad no mecánica. El Universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina”. Arthur Eddington, en su monumental trabajo sobre el mundo físico, concluye su obra con esta sentencia sorprendente: “El material de que está hecho el Universo es mental”.

El astrónomo Firsoff opina que “el espíritu humano es una identidad o una interacción universal, del mismo orden que la gravitación o la electricidad y que debe existir un módulo de transformación que ligue al material mental con las otras entidades del mundo físico”. Y también añade el mismo astrónomo: “Afirmar que la materia existe por sí sola es la más ilógica de las proposiciones. Los descubrimientos de la física actual nos permiten decir que ya no existe el concepto de “materia” en el sentido tradicional del término”.

Wolfgang Pauli, el genio matemático que inventó el principio de exclusión, una de las claves de la física actual, explica en su estudio sobre Kepler —el astrónomo que fue a la vez místico— que “desde el descubrimiento de los quanta, la física ha renunciado a la orgullosa pretensión de comprender la totalidad del mundo. La ciencia no puede explicar sino una parte del todo”.

Así podríamos continuar citando al coro de los Premios Nobel de la ciencia que nos anuncian la muerte de los conceptos habituales de la

materia, de la casualidad y del determinismo. “Es preciso que saquemos la lección del post-mecanicismo del siglo XX y que nos quitemos la camisa de fuerza que el materialismo de antaño imponía a nuestras concepciones filosóficas”, escribe Arthur Koestler al término de su profundo ensayo titulado “Las raíces de la coincidencia”.

También ha llegado el momento de finalizar mis breves palabras con un saludo de bienvenida a nuestro flamante compañero. La Academia es lugar de diálogo y de intercambio, de estudio y de comunicación. Las Ciencias Morales y las Políticas esperan enriquecerse en esta Casa, con la presencia y la colaboración de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, español eminente y razonador profundo.

En su admirable ensayo autobiográfico titulado con acierto “Diálogos conmigo mismo”, hace un sincero examen de su trayectoria vital, repleta de actividades dispares y, como en toda existencia humana, de etapas difíciles y contradictorias en muy diversos campos. En la serena y lúcida cumbre de su vida, podemos evocar —para aplicársela— la célebre poesía griega de Kavafis que se dirige al Ulises homérico llegado por fin a su casa de Itaca: “Alegrate de que tu viaje haya sido tan extenso / Lleno de aventuras y riesgos / Y que seas un hombre viejo / Cuando echés el ancla / Rico de la sabiduría y la experiencia / Que ganaste en su largo itinerario”.